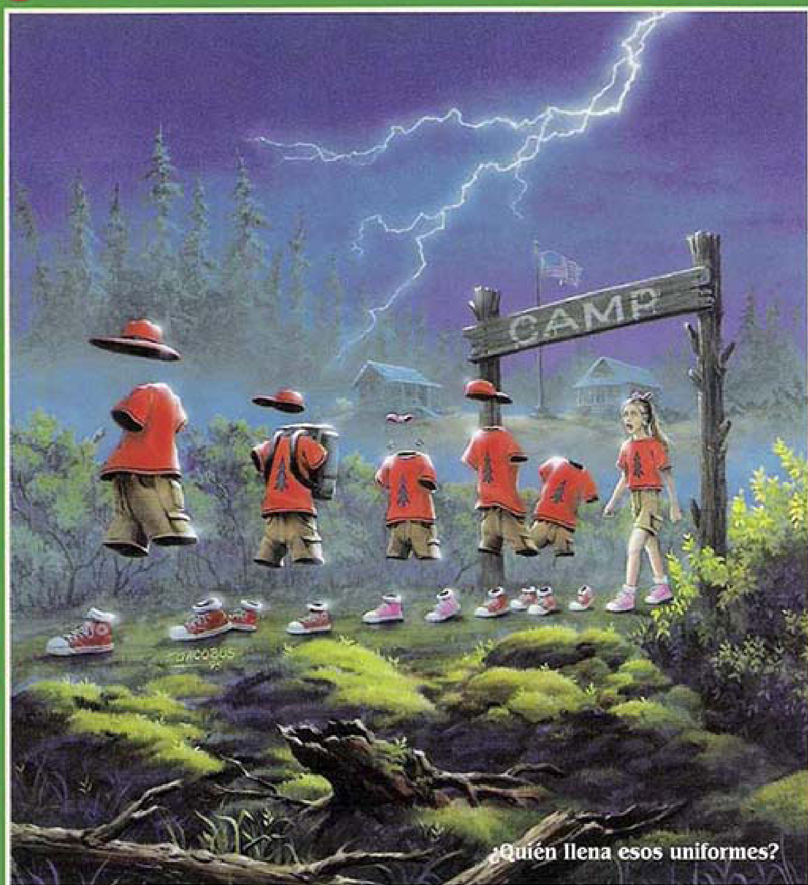
R.L. STINE

Pesadillas

Campamento espectral



Harry y su hermano Alex están ansiosos por adaptarse a la vida de la acampada. Pero en el campamento Spirit Moon ¡tienen unas tradiciones tan extrañas! Por ejemplo, la rara manera de saludarse y las bromas que gastan los veteranos a los que llegan nuevos.

De pronto las bromas comienzan a hacerse pesadas. Espantosas. Horripilantes. Primero, una chica pone un brazo en la hoguera de la acampada. Luego, un chico se clava un bastón en el pie. Pero, bueno, sólo son bromas… ¿no?



R. L. Stine

Campamento espectral

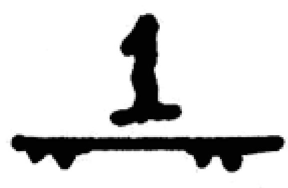
Pesadillas - 43

ePUB r1.2
nalasss 25.08.14

Título original: *Goosebumps #45: Ghost Camp*
R. L. Stine, 1996
Traducción: Elena Recasens
Diseño portada: Estudio EDICIONES B

Editor digital: nalasss
ePub base r1.0





—Harry, ya sabes que ir en autobús me marea —se quejó Alex.

—Alex, déjame un rato tranquilo. —Empujé a mi hermano contra la ventanilla—. Ya estamos llegando. ¡Ahora no empieces con el cuento de que ir en autobús te marea!

El autobús avanzó con gran estrépito por la estrecha carretera. Me agarré al asiento situado frente a mí y miré por la ventanilla.

Sólo se veían pinos. Entre todos, formaban una enorme mancha verde. Los rayos del sol irrumpían a través del polvoriento cristal de la ventanilla.

«Estamos llegando al campamento Spirit Moon», pensé y me sentí feliz.

Estaba impaciente por bajar del autobús. Mi hermano Alex y yo éramos los únicos pasajeros. Resultaba un poco desagradable.

El conductor iba oculto tras una cortina verde. Yo le había echado una ojeada cuando Alex y yo subimos al autobús. En su rostro se dibujaba una amplia sonrisa, tenía la tez muy bronceada, la cabellera rubia y rizada, y llevaba un pendiente de plata en una oreja.

—¡Bienvenidos, chicos! —saludó.

Pero una vez comenzado el largo recorrido en autobús, ya no volvimos a verle ni a oírle. Espeluznante.

Afortunadamente, Alex y yo nos llevamos bastante bien. Él es un año menor que yo. Tiene once años. Pero es tan alto como yo. Algunos nos llaman los gemelos Altman, aunque no lo somos.

Ambos tenemos la cabellera negra y lisa, ojos oscuros y rostro

serio. Nuestros padres siempre nos dicen que alegremos la cara, ¡incluso cuando estamos de muy buen humor!

—Estoy un poco mareado, Harry —se lamentó mi hermano.

Aparté la mirada de la ventanilla. De repente, Alex estaba completamente amarillo y la barbilla le temblaba. Era una mala señal.

—Alex, imagina que no estás en un autobús —le dije—. Imagina que vas en coche.

—Pero el coche también me marea —se quejó.

—Olvida lo del coche —le respondí. No era una buena idea. ¡Alex se marea incluso cuando mamá da marcha atrás para salir del garaje de casa!

Es una mala costumbre que tiene. Se le pone el rostro completamente amarillo, empieza a temblar… y llega el desastre.

—Tienes que aguantar —le animé—. Pronto estaremos en el campamento y te encontrarás bien.

Alex tragó saliva con fuerza.

El autobús se balanceó al pasar por un gran bache que había en la carretera. Alex y yo pegamos un bote.

—Me estoy mareando mucho —volvió a quejarse Alex.

—¡Ya sé! —grité—. ¡Canta una canción! Eso siempre te alivia. Cántala en voz muy alta. Nadie te oye. Estamos solos en el autobús.

A Alex le encanta cantar. Tiene una voz muy bonita.

El profesor de música del colegio dice que tiene el tono perfecto. No estoy seguro de lo que significa, pero sé que es bueno.

Alex se toma muy en serio lo de cantar. Pertenece al coro del colegio. Papá dice que el próximo otoño le buscará un profesor de canto.

Miré atentamente a mi hermano mientras el autobús volvía a balancearse. Estaba tan amarillo como la piel de un plátano. Mal síntoma.

—Vamos, canta —le ordené.

La barbilla de Alex volvía a temblar. Se aclaró la garganta y empezó a cantar una canción de los Beatles que a los dos nos gustaba mucho.

Su voz se quebraba cada vez que el autobús se balanceaba, pero su aspecto mejoró tan pronto como empezó a cantar.

«Ha sido una idea genial, Harry», me felicité a mí mismo.

Observé los soleados pinos mientras escuchaba la canción que cantaba Alex. Verdaderamente, tiene una voz impresionante.

¿Estoy celoso?

Quizás un poco.

Pero él no sabe golpear una pelota de tenis como yo, y siempre le gano en las carreras de natación. Así que estamos empatados.

Alex dejó de cantar. Sacudió la cabeza con tristeza.

—Ojalá papá y mamá me hubieran apuntado al campamento de música —suspiró.

—Alex, estamos a mitad de verano —le recordé—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? Papá y mamá esperaron demasiado. Era demasiado tarde.

—Ya lo sé —contestó, y frunció el entrecejo—. Pero me hubiera gustado que…

—El campamento Spirit Moon era el único al que podíamos ir a estas alturas del verano —insistí—. ¡Eh, mira!

A través de la ventanilla vi dos ciervos, uno alto y una cría pequeña. Estaban allí mismo, mirando cómo el autobús pasaba zumbando.

—Sí. Increíble. Ciervos —murmuró Alex. Puso los ojos en blanco.

—Eh, anímate —le dije. Mi hermano tiene un humor muy cambiante. A veces me gustaría sacudirle—. Puede que el campamento Spirit Moon sea el más divertido del mundo —aseguré.

—O puede que sea un tugurio —contestó Alex. Cogió una porquería que salía de un agujerito del asiento del autobús.

—El campamento de música es tan divertido… —suspiró—. Interpretan dos musicales cada verano. ¡Hubiera sido estupendo!

—Alex, olvídalo —le ordené—. Disfrutemos del campamento Spirit Moon. Son pocas semanas.

De pronto el autobús chirrió y se paró.

Sorprendido, me balanceé hacia delante, luego hacia atrás. Me volví hacia la ventanilla esperando ver un campamento, pero sólo se veían pinos y más pinos.

—¡Campamento Spirit Moon! ¡Todo el mundo abajo! —gritó el conductor.

¿Todo el mundo? ¡Si sólo estábamos Alex y yo!

El conductor asomó la rubia cabellera desde el otro lado de la cortina y nos dedicó una sonrisa burlona.

—¿Qué tal el viaje, chicos? —preguntó.

—Fantástico —contesté mientras avanzaba por el pasillo. Alex no dijo nada.

El conductor descendió del autobús. Le seguimos a lo largo del costado. Los rayos de sol hacían que el alto césped brillara a nuestro alrededor.

El conductor se agachó en el maletero, sacó nuestras mochilas y los sacos de dormir, y lo dejó todo sobre el césped.

—Mmm… ¿dónde está el campamento? —preguntó Alex.

Me protegí del sol con la mano y miré a mi alrededor. Sólo vi una estrecha carretera que se prolongaba en una curva y desaparecía en el bosque de pinos.

—Recto por ahí, chicos —indicó el conductor. Apuntó hacia un camino descuidado que empezaba entre los árboles—. Está muy cerca. No tiene pérdida.

El conductor cerró el compartimento de equipajes y subió de nuevo al autobús.

—¡Que os divirtáis! —gritó.

La puerta se cerró y el autobús arrancó.

Alex y yo echamos un vistazo hacia el descuidado camino a través de los rayos de sol. Me colgué del hombro la mochila con la ropa. Luego me coloqué el saco de dormir debajo del brazo.

—¿No deberían haber mandado a alguien del campamento para que viniera a recibirnos? —preguntó Alex.

Me encogí de hombros.

—Ya has oído al conductor. Dijo que el campamento está a dos pasos de aquí.

—¿Y qué? —insistió—. ¿No deberían haber enviado a un monitor a recogernos en la carretera?

—No es el primer día de campamento —le recordé—. Estamos a mitad del verano. Deja de quejarte por todo, Alex. Recoge tus cosas y vámonos. ¡Hace mucho calor aquí!

A veces tengo que hacer de hermano mayor y darle órdenes. ¡Si no, no haríamos nada!

Alex cogió sus cosas y yo inicié la marcha. Nuestras zapatillas de deporte crujían sobre la tierra roja y seca, mientras avanzábamos por el camino entre los árboles.

El conductor tenía razón. Tras andar sólo dos o tres minutos, nos encontramos en una pequeña explanada cubierta de césped en la que había una señal de madera que rezaba CAMPAMENTO SPIRIT MOON en letras rojas. Una flecha hacia la derecha indicaba el camino.

—¿Ves? ¡Ya hemos llegado! —exclamé contento.

Subimos una corta pendiente hasta una pequeña colina. Dos conejos marrones cruzaron corriendo el camino delante de nosotros. Flores silvestres rojas y amarillas asomaban por toda la colina.

Al llegar a la cima vimos nuestro objetivo.

—¡Parece un campamento de verdad! —exclamé.

Había filas de pequeñas cabañas blancas frente a un lago azul. Algunas canoas estaban amarradas a un muelle de madera que se adentraba en el lago.

A un lado se levantaba un gran edificio de piedra. Probablemente se trataba del comedor o del centro de reunión. Cerca del bosque se distinguía una plaza de tierra, rodeada de bancos. Imaginé que era el lugar donde se hacían los fuegos de campamento.

—¡Mira, Harry, hay un campo de béisbol y otro de fútbol! —exclamó Alex mientras los señalaba.

—¡Qué bien! —contesté.

Frente a los árboles divisé una fila de dianas rojas y blancas.

—¡Uau! También se puede practicar tiro al arco —le dije a Alex. Me encanta ese deporte, y soy bastante bueno.

Me coloqué la pesada bolsa de la ropa en la espalda y empezamos a descender la colina, hacia el campamento.

Los dos nos detuvimos a mitad de la cuesta y nos miramos mutuamente.

—¿No notas algo extraño? —preguntó Alex.

Yo asentí con la cabeza.

—Sí.

Tuve una sensación muy extraña. De pronto, se me secó la garganta y noté un peso en el estómago.

El campamento estaba vacío.

No había nadie.

2

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté mientras recorría todas las cabañas con la mirada. No se veía a nadie.

Eché una ojeada al lago, por detrás de las cabañas.

Dos pequeños pájaros negros planearon sobre la brillante superficie del agua. No había nadie nadando por allí.

Volví a mirar hacia los bosques que rodeaban el campamento. El sol del atardecer comenzaba a esconderse tras los pinos. Ni rastro de los campistas en el bosque.

—Quizá nos hemos equivocado de sitio —dijo Alex tímidamente.

—¿Qué? ¿Que nos hemos equivocado de sitio? —Apunté hacia la señal—. ¿Cómo vamos a habernos equivocado? Allí pone campamento Spirit Moon, ¿no?

—Quizá se han ido todos de excursión al campo o algo así —sugirió Alex.

Puse los ojos en blanco.

—¿Acaso no sabes nada acerca de campamentos? —pregunté bruscamente—. En los campamentos no se hacen excursiones. ¡No hay a dónde ir!

—¡No es necesario que me grites! —se quejó mi hermano.

—Entonces deja ya de decir estupideces —contesté enfadado—. Estamos solos en medio del bosque en un campamento vacío. Debemos pensar con claridad.

—Quizás estén todos en aquel gran edificio de piedra de allí —apuntó Alex—. Vayamos a ver.

No vi signo alguno de vida allí, ningún movimiento. El

campamento estaba completamente tranquilo e inmóvil, parecía una fotografía.

—Sí, vayamos —contesté—. Será mejor que lo comprobemos.

Todavía nos encontrábamos a mitad de la colina, siguiendo el camino que atravesaba el laberinto de pinos, cuando de pronto oímos un grito que nos hizo detener y quedarnos boquiabiertos, muy sorprendidos.

—¡Eh! ¡Vosotros! ¡Esperad!

Detrás de nosotros apareció un chico pelirrojo que llevaba unos pantalones cortos de tenis blancos y una camiseta también blanca. Aparentaba unos dieciséis o diecisiete años.

—¡Eh! ¿De dónde sales? —grité. El chico me había asustado de verdad. Alex y yo estábamos completamente solos y, de pronto, aparece ese tipo pelirrojo con una sonrisa burlona dibujada en el rostro.

El chico señaló hacia el bosque.

—Estaba recogiendo leña —explicó—. He perdido la noción del tiempo.

—¿Eres un monitor? —pregunté.

Se secó el sudor de la frente con la parte delantera de la camiseta.

—Sí. Me llamo Chris. Vosotros sois Harry y Alex, ¿no?

Asentimos con un movimiento de cabeza.

—Siento llegar tan tarde —se disculpó Chris—. No estaríais preocupados, ¿no?

—Desde luego que no —contesté rápidamente.

—Harry tenía un poco de miedo. Pero yo no —dijo Alex. A veces, mi hermano se pone muy pesado.

—¿Dónde está todo el mundo? —le pregunté a Chris—. No hemos visto ningún campista, ni ningún monitor…

—Se han ido todos —contestó Chris. Hizo un movimiento triste con la cabeza. Cuando volvió a mirarnos a Alex y a mí tenía una expresión asustada en el rostro.

—Nosotros tres… estamos solos —concluyó con voz temblorosa.

3

—¿Que se han ido? —Alex gritó con un tono estridente—. Pero, pero… ¿adónde han ido?

—¡No puede ser que no haya nadie más! El bosque…

Una amplia sonrisa apareció en el rostro lleno de pecas de Chris. Luego se echó a reír.

—Lo siento, muchachos. No aguanto más. —Nos rodeó los hombros con los brazos y nos acompañó al campamento—. No era más que una broma.

—¿Cómo? ¿Una broma? —pregunté. Estaba muy desconcertado.

—Es una broma que siempre hacemos en el campamento Spirit Moon —explicó Chris, que todavía seguía riendo—. Se la gastamos a todos los recién llegados. Cuando vienen campistas nuevos al campamento todo el mundo se esconde en el bosque. Luego un monitor les dice que se han ido. Que sólo están ellos.

—Ja, ja. Una broma muy graciosa —respondí en plan irónico.

—¿Siempre tratáis de asustar a los nuevos campistas? —preguntó Alex.

Chris asintió con la cabeza.

—Sí. Es una costumbre del campamento Spirit Moon. Aquí tenemos muchas tradiciones. Ya veréis. Esta noche, en el fuego de campamento…

De pronto apareció un hombre muy alto de pelo negro, también vestido de blanco, caminando torpemente por el césped hacia nosotros, y Chris interrumpió su discurso.

—¡Eh! —gritó el hombre con una voz profunda, que retumbaba.

—Es tío Marv —susurró Chris—. Él dirige el campamento.

—¡Eh! —repitió tío Marv mientras avanzaba hacia nosotros—. Harry, ¿cómo va eso? —Me dio una palmada en la mano que casi me estampa contra los árboles.

El hombre nos dedicó una sonrisa burlona a Alex y a mí.

Era enorme, me recordaba a un gran oso pardo que había en el zoo próximo a casa.

Tenía una larga cabellera negra y grasienta que le cubría desordenadamente parte del rostro. Los ojos azules y muy pequeños, como canicas, asomaban bajo unas cejas negras muy pobladas.

Los brazos que salían de la camiseta eran muy fuertes, semejantes a los de un luchador y el cuello, tan ancho como el tronco de un árbol.

Se inclinó un poco para estrechar la mano de Alex. Oí un crujido y vi que Alex se quejaba en silencio de dolor.

—Un buen apretón de manos, muy firme, hijo —le dijo tío Marv a Alex. Entonces se volvió hacia mí—. ¿Os ha gastado Chris nuestra pequeña broma de «Solos en el bosque», chicos? —Su voz retumbaba con tanta fuerza que deseé taparme los oídos.

«¿Será capaz este hombre de susurrar?», me pregunté.

—Sí, lo ha hecho —confesé—. Yo me creí de verdad que no había nadie por aquí.

Los pequeños ojos azules de tío Marv se iluminaron.

—Es una de nuestras tradiciones más antiguas —explicó con una sonrisa. ¡Y vaya sonrisa! ¡Me dio la sensación de que tenía al menos seis filas de dientes!

—Antes de acompañaros a vuestra cabaña os quiero enseñar el saludo del campamento Spirit Moon —anunció—. Chris y yo os lo demostraremos.

Se pusieron uno frente al otro.

—¡Eeeh, Spirits! —cantó a gritos tío Marv.

—¡Eeeh, Spirits! —contestó Chris.

Luego se saludaron el uno al otro con la mano izquierda, colocándola sobre su nariz y, luego, elevándola y haciéndola girar en el aire.

—Así es como nuestros campistas se saludan entre ellos —

explicó tío Marv. Nos cogió a Alex y a mí y nos puso uno frente al otro—. Intentadlo.

No sé a vosotros, pero a mí este tipo de cosas me avergüenzan. No me gustan las bienvenidas ni los saludos graciosos. Hacen que me sienta como un idiota.

Pero acababa de llegar al campamento. Y no quería que aquel hombre creyera que soy un antipático. Así que me coloqué frente a mi hermano.

—¡Eeeh, Spirits! —grité. Saludé a Alex colocándome la mano en la nariz y haciendo un gesto rápido.

—¡Eeeh, Spirits! —Alex mostró mucho más entusiasmo que yo. A él le gustan este tipo de cosas. Me dirigió un enérgico saludo.

Tío Marv inclinó la cabeza hacia atrás y se rió en voz alta.

—¡Muy bien, chicos! Creo que los dos vais a ser buenos miembros del campamento Spirit Moon.

Le guiñó el ojo a Chris.

—Por supuesto el fuego de campamento de esta noche será la verdadera prueba.

Chris asintió con una sonrisa burlona.

—¿El fuego de campamento de esta noche? —pregunté—. ¿Una prueba?

Tío Marv me dio una palmadita en la espalda.

—No te preocupes por eso, Harry.

Algo en el modo en que pronunció esa frase aumentó todavía más mi preocupación.

—Todos los recién llegados asisten a un fuego de campamento de bienvenida —explicó Chris—. Es la ocasión ideal para que conozcan las tradiciones del campamento Spirit Moon.

—No les digas nada más —le ordenó tío Marv a Chris bruscamente—. Queremos sorprenderles, ¿no?

—¿Sorprendernos? —dije atragantándome.

¿Por qué de repente tenía un mal presentimiento? ¿Por qué mi garganta volvía a secarse? ¿Por qué tenía la sensación de que se me salía el corazón del pecho?

—¿Se cantan canciones de acampada en el fuego de campamento de bienvenida? —preguntó Alex—. Me gusta mucho cantar. Voy a clases de canto y…

—No te preocupes. Cantarás mucho —le interrumpió tío Marv en voz baja, casi amenazante.

Detecté una mirada gélida en sus ojos diminutos, como el hielo. Y un escalofrío me recorrió la espalda.

«Intenta asustarnos —pensé—. Se trata de una broma. Se está burlando de nosotros. En este campamento tienen la costumbre de asustar a los nuevos miembros».

—Chicos, creo que el fuego de campamento de esta noche os gustará —dijo tío Marv—. ¡Si es que sobrevivís, claro!

Chris y él se rieron.

—Nos veremos luego —se despidió Chris. Nos dirigió un saludo de nariz a Alex y a mí y desapareció entre los árboles.

—Éstas serán vuestras literas —indicó tío Marv. Abrió la puerta de cristal de la pequeña cabaña blanca.

«¡Uau!, un poco más y arranca la puerta».

Alex y yo arrastramos nuestras bolsas y los sacos de dormir al interior de la cabaña. Había literas apoyadas contra tres de las paredes, una estrecha cómoda de madera y pequeños armarios para guardar cosas.

Las paredes eran blancas. Una lámpara que colgaba del techo desprendía una luz brillante. Los rayos anaranjados del sol del atardecer penetraban en la habitación a través de la pequeña ventana situada encima de una litera.

«No está mal», pensé.

—Esta litera está vacía —nos indicó tío Marv mientras señalaba hacia la cama frente a la ventana—. Decidid vosotros quién dormirá arriba y quién abajo.

—Yo tengo que dormir abajo —contestó Alex rápidamente—. Me muevo mucho durante la noche.

—Y canta mientras duerme —le expliqué a tío Marv—. Increíble, ¿verdad? ¡A Alex le gusta tanto cantar que no puede dejar de hacerlo ni siquiera mientras duerme!

—Entonces será mejor que te presentes a las pruebas para el festival de talentos —le dijo tío Marv. Y acto seguido repitió en voz baja—: Si es que sobrevives esta noche. —Se rió.

«¿Por qué insiste tanto?

»Nos toma el pelo —me recordé a mí mismo—. Sólo está

bromeando».

—Los lavabos de los chicos están a la izquierda —explicó tío Marv—. Y los de las chicas a la derecha. Todos utilizamos el mismo lugar de reunión y comedor. Es ese gran edificio de piedra cercano al bosque.

—¿Deshacemos ahora las bolsas? —preguntó Alex.

Tío Marv se retiró la negra y grasienta cabellera del rostro.

—Sí. Usad los armarios que estén vacíos. Será mejor que os deis prisa, chicos. El resto de los campistas volverá pronto del bosque con la leña. Entonces haremos el fuego de acampada.

Se despidió con un «¡Eeeh, Spirits!» y un brusco saludo de nariz.

Luego se volvió, echó a andar con torpeza y cerró la puerta de cristal de un portazo.

—Un tipo divertido —murmuré.

—Da un poco de miedo —admitió Alex.

—Sólo bromea —le contesté—. En todos los campamentos de verano tratan de asustar a los nuevos. Me parece. —Arrastré mi bolsa de la ropa hasta la cama.

»No va en serio. No hay por qué asustarse, Alex —le aseguré a mi hermano—. En absoluto.

Dejé el saco de dormir en una esquina. Luego me dirigí a la cómoda para ver si había algún cajón vacío.

—¡Uau! —grité al pisar algo extraño.

Miré hacia bajo.

Había un charco azul.

Acababa de meter la zapatilla de deporte en un charco azul pegajoso.

—¡Ecs! —Traté de retirarla. Aquel líquido espeso se me había quedado pegado a la suela y a los bordes del zapato.

Eché un vistazo por la habitación.

Había más charcos azules, uno frente a cada una de las camas.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Qué es esta cosa? —grité.

4

Alex tenía la bolsa abierta sobre la litera inferior y estaba sacando sus cosas.

—¿Qué te pasa Harry? —preguntó sin darse la vuelta.

—Es una especie de baba azul —contesté—. Mira. Hay charcos por todo el suelo.

—Ya ves —murmuró Alex. Se volvió y echó un vistazo al líquido azul pegado a mi zapatilla—. Debe de ser una tradición del campamento —bromeó.

—No tiene gracia. ¡Ecs! —exclamé. Me agaché y toqué con un dedo el charquito.

—¡Está helado!

La baba azul estaba muy fría.

Retiré la mano, sorprendido.

El frío se extendió por todo mi brazo. Agité la mano con fuerza y me la froté, tratando de que entrara en calor.

—Qué raro —murmuré.

Evidentemente, las cosas empeoraron… a toda velocidad.

—¡Es la hora del fuego de acampada!

El grito de tío Marv a través de la puerta de cristal sacudió nuestra cabaña.

Alex y yo nos dimos la vuelta para mirar hacia la puerta. Habíamos tardado mucho en sacar nuestras cosas de las bolsas. Me sorprendí al comprobar que el sol ya se había puesto. El cielo tenía

el tono gris del atardecer.

—Todos os están esperando —anunció tío Marv. Una sonrisa alegre se dibujó en su rostro, escondiendo prácticamente sus diminutos ojos—. A todos nos encanta la fogata de bienvenida.

Alex y yo le seguimos al exterior. Respiré profundamente. El aire era fresco y olía a pino.

—¡Uau! —gritó Alex.

El fuego de campamento ya ardía. Las llamas naranjas y amarillas saltaban hacia el cielo gris.

Seguimos a tío Marv hasta la explanada circular donde habían encendido el fuego. Allí vimos por primera vez a todos los campistas y monitores.

Estaban sentados alrededor del fuego, frente a nosotros. Mirándonos.

—¡Todos van vestidos iguales! —exclamé.

—Es el uniforme del campamento —explicó tío Marv—. Después del fuego de campamento os daré vuestros uniformes.

A medida que Alex y yo íbamos acercándonos al círculo, los campistas y monitores iban poniéndose en pie. Un ensordecedor ¡EEEH, SPIRITS! provocó que los árboles se agitaran. Luego, un centenar de saludos de nariz con la mano izquierda nos dieron la bienvenida.

Nosotros devolvimos el saludo.

Chris, el monitor pelirrojo, apareció a nuestra espalda.

—Bienvenidos, muchachos —dijo—. Vamos a hacer perritos calientes en el fuego antes de empezar las actividades alrededor de la hoguera. Así que coged un pincho y un perrito caliente del centro de la mesa y uníos a nosotros.

El resto de los chicos ya estaban alineados frente a la larga mesa llena de comida. Había una fuente enorme de perritos calientes crudos justo en el centro.

Mientras me acercaba a toda prisa para ponerme en la fila, varios chicos me saludaron.

—Estás en mi cabaña —dijo un chico alto de cabellera rubia y rizada—. ¡Es la mejor!

—¡La cabaña número siete es la que manda! —añadió una chica gritando.

—Este campamento es estupendo —apuntó el chico que tenía enfrente—. Te lo pasarás en grande, Harry.

Parecían ser chicos muy agradables. Más adelante, un chico y una chica se estaban empujando medio en broma, tratando cada uno de apartar al otro de la fila. Algunos chicos empezaron a animarles.

El fuego crepitaba detrás de mí. La luz naranja que desprendían las llamas danzaba sobre las camisetas y pantalones cortos blancos que todos llevaban.

Me sentí un poco extraño al no ir vestido de blanco. Yo llevaba una camiseta verde oliva y unos pantalones vaqueros descoloridos. Me pregunté si Alex se sentía también raro.

Me volví y le busqué en la fila. Estaba detrás de mí, hablando animadamente con un chico rubio bajito. Me alegré de ver que había hecho un amigo tan pronto.

Dos de los monitores repartían los perritos calientes. De pronto me di cuenta de que estaba hambriento. Mamá nos había preparado unos bocadillos a Alex y a mí para que nos los comiéramos en el autobús, pero estábamos demasiado nerviosos y excitados para ello.

Cogí el perrito caliente y me volví hacia el crepitante fuego. Ya había algunos chicos apiñados alrededor de la hoguera, acercando los perritos calientes a las llamas con un pincho.

«¿Dónde estarán los pinchos?», me pregunté, y eché una ojeada a mi alrededor.

—Los pinchos están ahí —anunció una chica a mi espalda, como si hubiera leído mis pensamientos.

Al volverme vi a una muchacha aproximadamente de mi edad, vestida de blanco, por supuesto. Era muy guapa; tenía los ojos negros y una cabellera negra muy brillante recogida en una coleta que le caía sobre la espalda. Tenía la piel tan pálida que los ojos parecían brillarle.

Me sonrió.

—Los chicos nuevos nunca encuentran los pinchos —aseguró. Me condujo hasta un montón de pinchos colocados junto a un pino muy alto. Cogió dos y me alcanzó uno a mí.

—Tú eres Harry, ¿no? —preguntó. Para ser una chica, tenía una voz muy profunda y ronca. Como si todo el rato susurrara.

—Sí, Harry Altman —contesté.

De repente me sentí muy tímido. No sé por qué. Me aparté un poco y hundí el extremo del pincho en el perrito.

—Yo me llamo Lucy —se presentó, y echó a andar hacia los chicos que se apiñaban alrededor del fuego.

La seguí. Los rostros de los chicos aparecían iluminados en tonos naranjas y amarillos por el fuego. El aroma que desprendían los perritos calientes al asarse hizo que me sintiera aún más hambriento.

Había un grupito de cuatro chicas que se reían por algo. Vi a un chico comiéndose su perrito caliente directamente del pincho.

—¡Qué bruto! —exclamó Lucy poniendo cara de asco—. Vayámonos de aquí.

Me condujo hacia el otro lado de la hoguera. Algo estalló en el fuego. Sonó como si hubiera explotado un petardo. Los dos nos sobresaltamos. Lucy se rió.

Nos sentamos sobre el césped, alzamos los largos pinchos y acercamos nuestros perritos calientes a las llamas. El fuego crepitaba y me calentaba el rostro.

—A mí me gusta muy hecho —comentó Lucy. Giró su pincho y lo acercó más a las llamas—. Me encanta que sepa un poco a quemado. ¿Y a ti cómo te gusta?

Abrí la boca con la intención de contestar, pero mi salchicha se desprendió del pincho.

—¡Oh, no! —grité. Observé cómo caía sobre la alfombra de brasas al rojo vivo en el interior de la hoguera.

Me volví hacia Lucy. Ella, para mi sorpresa, y horror, se inclinó hacia delante y metió la mano en el fuego.

Cogió mi perrito caliente de entre las abrasadoras cenizas y lo levantó.



Me puse en pie de un salto.

—¡Tu mano! —grité.

Tenía la mano envuelta en llamas amarillas que inmediatamente se extendieron por el brazo.

Lucy me alcanzó el perrito caliente.

—Aquí tienes —dijo muy tranquila.

—Pero… ¡tu mano! —volví a gritar, boquiabierto y horrorizado.

Las llamas iban quemando lentamente su piel blanca.

Lucy bajó la mirada y se miró el brazo confundida. Como si no entendiera por qué estaba yo tan asustado.

—¡Eh! —gritó finalmente. Abrió los ojos—. ¡Uau! ¡Cómo quema! —exclamó.

Agitó la mano con vigor hasta que se apagaron las llamas.

Luego se echó a reír.

—Al menos he rescatado tu perrito caliente. ¡Espero que a ti también te guste muy hecho!

—Pero, pero… —balbuceé. Miré sorprendido su mano y su brazo. Las llamas se habían extendido por toda la piel. Pero no tenía ninguna quemadura, ninguna señal.

—Los bollos están ahí —dijo—. ¿Quieres patatas fritas?

Yo seguía mirándole la mano, sorprendido.

—¿Hay alguna enfermera por aquí? —pregunté.

Se frotó el brazo y la muñeca.

—No. Estoy bien. De verdad. —Movió los dedos—. ¿Ves?

—Pero el fuego…

—Vamos, Harry. —Me empujó hacia la mesa de la comida—. Las actividades alrededor de la hoguera están a punto de empezar.

En la mesa tropecé con Alex. Seguía con aquel chico rubio bajito.

—Ya tengo un amigo —anunció. Tenía la boca llena de patatas fritas—. Se llama Elvis. Increíble, ¿no? Elvis McGraw. Está en nuestra cabaña.

—Genial —murmuré. No podía olvidar la imagen de las llamas subiendo y bajando por el brazo de Lucy.

—Este campamento es estupendo —continuó—. Elvis y yo vamos a apuntarnos al festival de talentos y al musical.

—Genial —repetí.

Cogí un panecillo y me serví algunas patatas fritas en el plato. Luego busqué a Lucy. La vi hablando con un grupo de chicas cerca del fuego.

—¡Eeeh, Spirits! —saltó una voz. Era imposible no reconocer ese grito. Tenía que ser tío Marv.

—¡Poneos todos alrededor del fuego! —ordenó—. ¡Deprisa!

Con los platos y las latas de refresco en las manos, todos corrieron a formar un círculo alrededor del fuego.

Las chicas se sentaron a un lado y los chicos al otro. Supuse que a cada alojamiento le correspondía un lugar determinado.

Tío Marv nos llevó a Alex y a mí al centro del círculo.

—¡Eeeh, Spirits! —volvió a gritar, tan alto que el fuego tembló.

Todos repitieron el grito y saludaron.

—Empezaremos cantando el himno del campamento —anunció él.

Todos se pusieron en pie. Tío Marv empezó a cantar y enseguida todos se unieron a él.

Yo traté de cantar con ellos, pero evidentemente no me sabía la letra ni la música.

La canción repetía todo el rato la misma frase: «Tenemos espíritu y el espíritu nos tiene a nosotros».

Yo no acababa de entenderlo. Pero me pareció que no estaba mal.

Era una canción muy larga. Tenía muchas estrofas. Y siempre acababan con «Tenemos espíritu y el espíritu nos tiene a nosotros».

Alex cantaba a pleno pulmón. ¡Qué presumido! Él tampoco se sabía la letra. Pero se la inventaba. Y cantaba tan alto como podía.

Mi hermano está muy orgulloso de su bonita voz y de su tono perfecto. En cuanto tiene una oportunidad, hace una demostración.

Observé al chico que estaba a su lado. Su nuevo amigo, Elvis, tenía la cabeza inclinada hacia atrás y la boca muy abierta. Él también cantaba a pleno pulmón.

Creo que Alex y Elvis estaban haciendo una especie de competición. ¡A ver quién conseguía hacer caer las hojas de los árboles!

¿El problema? ¡Elvis era un pésimo cantante!

Tenía la voz aguda y estridente. Y desafinaba.

Como diría mi padre: «¡No podría entonar dos notas seguidas!».

Quise taparme los oídos. Pero yo también trataba de cantar con ellos.

No era fácil teniéndolos a los dos a mi lado. Alex cantaba en voz tan alta que tenía las venas del cuello hinchadas.

Elvis trataba de ahogar la voz de Alex con sus horribles y desafinados graznidos.

Me ardía la cara.

Al principio creí que era por el calor que desprendía la hoguera. Pero luego me di cuenta de que me estaba ruborizando.

Sentía vergüenza ajena por Alex. Mira que presumir de aquella manera en su primera noche en el campamento…

Tío Marv no estaba mirando. Se había ido hacia el lado de las chicas, cantando mientras andaba hacia allí.

Me volví sigilosamente y me aparté un poco de la hoguera.

Me sentía muy violento en aquel lugar. «En cuanto acabe la canción volveré a mi sitio», decidí.

No soportaba estar allá sentado viendo a mi hermano comportándose como un completo idiota haciendo el ridículo.

La canción del campamento continuó. Todos cantaban «Tenemos espíritu y el espíritu nos tiene a nosotros».

«¿Es que no se acaba nunca esta canción?», me pregunté. Me retiré un poco, hacia los árboles. En cuanto me aparté del fuego sentí frío.

Incluso desde allí atrás podía oír a Alex cantando con todas sus

fuerzas.

«Tengo que hablar con él —me dije a mí mismo—. Tengo que decirle que no está bien presumir de esta manera».

—¡Oh! —exclamé al notar un golpecito en la espalda.

Alguien me agarró por detrás.

—¡Eh! —Me di la vuelta y me encaré hacia los árboles. Escudriñé entre la oscuridad.

—¡Lucy! ¿Qué estás haciendo aquí detrás? —le pregunté.

—Ayúdame, Harry —rogó en un susurro—. Tienes que ayudarme.

6

Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Lucy, ¿qué pasa? —susurré.

Ella abrió la boca para contestarme. Pero la voz de tío Marv retumbó, interrumpiéndola.

—¡Eh, vosotros dos! —gritó el director del campamento—. ¡Harry! ¡Lucy! ¡No os escondáis en el bosque!

Los campistas se echaron a reír. Sentí que volvía a enrojecer. Soy un chico al que le cuesta poco ruborizarse. Lo odio, pero ¿qué puedo hacer?

Todos nos miraban mientras volvíamos a la hoguera. Alex y Elvis se daban palmadas mutuamente y se reían de nosotros.

Tío Marv se quedó mirándome mientras regresaba caminando con dificultad.

—Me alegro de que hayas hecho amigos tan pronto —añadió bruscamente. Y todos los campistas volvieron a reírse de Lucy y de mí.

Me sentía tan violento que hubiera deseado evaporarme.

Pero también estaba preocupado por Lucy.

¿Me había seguido hacia el bosque? ¿Por qué?

¿Por qué me había pedido que la ayudara?

Me senté entre Lucy y Elvis.

—Lucy, ¿qué ocurre? —susurré.

Ella se limitó a sacudir la cabeza. Sin mirarme.

—Ahora voy a explicar las dos historias de fantasmas —anunció tío Marv.

Me sorprendí al ver que algunos chicos se quedaban boquiabiertos. De pronto todos se callaron.

El fuego parecía crujir ahora con más fuerza. Entre las explosiones y los crujidos de las centelleantes llamas, se oía el murmullo del viento entre los pinos.

Sentí un escalofrío en la nuca.

«Sólo es un poco de aire frío», me dije a mí mismo.

¿Por qué de repente todos parecían tan solemnes? ¿Tan asustados?

—Las dos historias de fantasmas del campamento Spirit Moon han ido pasando de generación en generación —empezó a explicar tío Marv—. Son historias que se seguirán contando a lo largo de los años, perdurarán mientras se sigan explicando las oscuras leyendas.

A través del fuego vi a dos chicos que temblaban.

Todos miraban atentamente el fuego. Los rostros estaban inmóviles, rígidos, asustados.

«Sólo se trata de una historia de fantasmas —me dije a mí mismo—. ¿Por qué actúan de forma tan extraña?

»Seguro que todos conocen ya esa historia. Así que, ¿por qué parecen tan aterrorizados?».

Me reí disimuladamente.

«¿Cómo puede alguien asustarse por una estúpida historia de fantasmas?».

Me volví hacia Lucy.

—¿Qué les pasa a todos? —pregunté.

Me miró con los ojos casi cerrados.

—¿No te dan miedo los fantasmas? —susurró.

—¿Fantasmas? —volví a reírme disimuladamente—. Alex y yo no creemos en fantasmas —le aseguré—. Esas historias nunca nos asustan. ¡Nunca!

Lucy se inclinó hacia mí. Y me susurró:

—Quizá cambies de idea después de oír la de esta noche.

7

Las llamas danzaban, crepitaban y se elevaban hacia el oscuro cielo estrellado. Tío Marv se inclinó hacia la anaranjada luz del fuego. Sus diminutos ojos brillaban extraordinariamente.

De repente el bosque parecía muy silencioso. Incluso el viento dejó de soplar.

Sentía el aire frío a mi espalda. Me acerqué un poco a la hoguera. Vi que otros hacían lo mismo. Nadie hablaba. Todas las miradas estaban puestas en el sonriente rostro de tío Marv.

Entonces, en voz baja, empezó a contar la primera historia de fantasmas.

Una vez, un grupo de campistas fue al bosque a pasar la noche. Se llevaron tiendas de campaña y sacos de dormir. Caminaban en fila india por un estrecho y retorcido camino de tierra entre los árboles.

El monitor, llamado John, les adentraba más y más en el bosque.

En el cielo había nubes oscuras, que al cubrir la luna por completo, envolvieron a los campistas en una oscuridad total. Caminaban muy juntos, tratando de seguir el sinuoso camino.

De vez en cuando, las nubes se abrían y permitían que la luna se asomara. Los árboles brillaban con un frío tono plateado; parecían fantasmas en medio del bosque.

Al principio iban cantando canciones. Pero, a medida que se adentraban en el bosque, sus voces se fueron debilitando, cada vez

más temblorosas y amortiguadas por los árboles.

Dejaron de cantar y escucharon el ruido que producían sus pasos y el suave crujido que producían los animales nocturnos que correteaban sobre la hierba.

—¿Cuándo pararemos para acampar? —le preguntó una chica a John.

—Tenemos que adentrarnos más en el bosque —respondió John.

Siguieron andando. El aire era cada vez más frío. El viento se arremolinaba y los árboles empezaron a doblarse y temblar a su alrededor.

—¿Podemos acampar aquí, John? —preguntó un chico.

—No. Más adelante —contestó John—. Más adentro, en el bosque.

El camino se acabó y los campistas tuvieron que abrirse camino entre los árboles, a través de arbustos espinosos, sobre una espesa alfombra de crujientes hojas secas.

Las lechuzas ululaban en los árboles. Se oía el aleteo de los murciélagos. Algunas criaturas escarbaban y se arrastraban a sus pies.

—Estamos muy cansados, John —se quejó un chico—. ¿Podemos parar y plantar las tiendas?

—No, cuando estemos más adentro —insistió John—. Una acampada por la noche no tiene ninguna gracia si no se hace en lo más espeso del bosque.

Así que siguieron caminando, escuchando los aullidos y quejidos de los animales nocturnos, observando cómo se doblaban los árboles y se balanceaban a su alrededor.

Finalmente llegaron a una explanada ancha y llana.

—¿Podemos acampar, John? —le suplicaron.

—Sí —accedió el monitor—. Ahora ya estamos en el centro del bosque. Éste es el sitio ideal.

Los campistas dejaron las bolsas y la comida en el suelo. La plateada luz de la luna les rodeaba y hacía brillar la explanada.

Sacaron las tiendas y empezaron a extenderlas para montarlas.

Pero un extraño ruido les hizo detenerse.

Bum. Bum.

—¿Qué ha sido eso? —gritó un campista.

John agitó la cabeza.

—Probablemente se trata del viento.

Volvieron al trabajo. Clavaron los palos de las tiendas en la tierra blanda y suave. Luego empezaron a desdoblar las tiendas.

Pero el extraño ruido les hizo detenerse de nuevo.

Bum. Bum.

Los campistas temblaron de miedo.

—¿Qué es ese ruido? —preguntaron.

—Quizá sea algún animal —contestó John.

Bum. Bum.

—¡Pero parece que esté muy cerca! —observó un chico.

—Suena como si estuviera encima de nosotros —dijo otro chico —. ¡O quizá debajo!

—No es más que un ruido —les tranquilizó John—. No os preocupéis.

Así que continuaron instalando las tiendas.

Bum. Bum.

Trataron de no hacer caso del ruido. Pero parecía tan cercano… Tan próximo…

Era un sonido muy extraño y familiar a la vez…

¿De dónde procedería?, se preguntaban los campistas. ¿Quién demonios hacía ese ruido?

Bum. Bum.

Los jóvenes no podían dormir. El ruido era demasiado fuerte, demasiado estremecedor, demasiado cercano.

Bum. Bum.

Se arrebujaron bien dentro de los sacos de dormir, subieron las cremalleras hasta arriba y se cubrieron las orejas.

Bum. Bum.

Pero eso no les ayudó, no podían escapar del ruido.

—John, no podemos dormir —se quejaron.

—Yo tampoco puedo dormir —contestó John.

Bum. Bum.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntaron los campistas al monitor.

A John no le dio tiempo a contestar.

Volvieron a oír otro bum, bum.

Y luego se oyó una voz grave que gruñó: ¿POR QUÉ ESTÁIS SOBRE MI CORAZÓN?

La tierra tembló.

De pronto, todos comprendieron de dónde procedía el ruido. Y mientras el suelo se elevaba se dieron cuenta, aunque demasiado tarde, de que habían acampado sobre la suave piel de un espantoso monstruo.

—¡Me parece que nos hemos adentrado demasiado en el bosque! —gritó John.

Fueron sus últimas palabras.

Bum. Bum.

Eran los latidos del corazón del monstruo.

Entonces alzó su enorme y peluda cabeza con la boca muy abierta. Y se tragó a John y a los campistas sin masticar.

Y mientras resbalaban por la garganta del monstruo, el ruido de los latidos del corazón se hizo cada vez más y más fuerte.

Bum, bum. Bum, bum. ¡BUM!

Tío Marv pronunció el último «Bum» con todas sus fuerzas.

Algunos campistas gritaron. Otros miraban asombrados, en silencio, a tío Marv, con los rostros desorbitados por el miedo. A mi lado, Lucy se abrazó a sí misma y se mordió el labio superior.

Tío Marv sonrió. En su rostro danzaba el reflejo anaranjado de las llamas.

Reí y me volví hacia Elvis.

—¡Qué historia tan divertida! —exclamé.

Elvis me miró con los ojos medio cerrados.

—¿Qué? ¿Divertida?

—Sí. Es una historia muy divertida —repetí.

Elvis me miró fijamente.

—¡Pero es una historia real! —afirmó débilmente.



Me puse a reír.

—Sí, seguro —dije, y puse los ojos en blanco.

Esperaba que Elvis se riera conmigo. Pero no lo hizo. La luz del fuego brillaba en sus pálidos ojos azules, que me miraban fijamente. Luego se volvió para hablar con mi hermano.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Por qué estaba tan raro?

¿No pensaría en serio que me iba a creer una historia tan absurda como ésa?

Tengo doce años.

Hace tiempo que no creo en los Reyes Magos ni en el Ratoncito Pérez.

Me volví hacia Lucy. Seguía abrazada a sí misma, mirando fijamente al fuego.

—¿Le has oído? —le pregunté señalando a Elvis con la mano—. ¿Es un poco raro o qué le pasa?

Lucy seguía sin apartar los ojos del fuego. Parecía estar tan absorta en sus pensamientos que creo que no me oyó.

Finalmente levantó la cabeza y parpadeó.

—¿Qué?

—El nuevo amigo de mi hermano —expliqué señalando de nuevo a Elvis—. Dice que la historia que ha explicado tío Marv es real.

Lucy asintió con la cabeza, pero no contestó.

—A mí me parece una historia divertida —continué.

Cogió una ramita y la lanzó al fuego. Esperé a que dijera algo,

pero parecía estar de nuevo absorta en sus pensamientos.

Las llamas de la hoguera se estaban apagando. Quedaban brasas al rojo vivo y algunos tarugos de leña que seguían ardiendo esparcidos por el suelo. Chris y otro monitor llevaron algunos leños al centro del círculo.

Les observé mientras reconstruían el fuego. Apilaron una brazada de ramas y palos sobre las brasas que quedaban encendidas. Cuando las ramas empezaron a arder, los dos monitores pusieron leña encima.

Luego retrocedieron un poco y tío Marv se colocó frente al fuego, Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón corto blanco. La luna llena, suspendida en lo alto, se reflejaba en su negra y larga cabellera.

Sonrió.

—Y ahora voy a contaros la tradicional segunda historia del campamento Spirit Moon —anunció.

De nuevo, en el círculo de campistas se fue haciendo el silencio. Me incliné hacia atrás, tratando de llamar la atención de mi hermano. Pero Alex observaba atentamente a tío Marv, al otro lado del fuego.

Estaba seguro de que a Alex la primera historia le había parecido bastante tonta. Odia los cuentos sobre fantasmas incluso más que yo. Opina que sólo son cosa de niños. Y yo pienso lo mismo.

Así que ¿qué le ocurría a Elvis?

¿Estaba haciendo el tonto? ¿Me tomaba el pelo? ¿O acaso trataba de asustarme?

La profunda voz de tío Marv interrumpió mis pensamientos.

—En este campamento, cada año explicamos la siguiente historia, la del fantasma del campamento —explicó.

Bajó la voz hasta convertirla casi en un profundo susurro, de manera que todos tuvimos que acercarnos un poco para poder oírle. Y en un tono muy calmado, nos explicó la historia del fantasma del campamento.

La historia se desarrolla en un campamento muy parecido al

Spirit Moon. Una cálida noche de verano, campistas y monitores se sentaron alrededor de un fuego. Asaron perritos calientes y tostaron pastas de miel. Cantaron canciones de campamento mientras un monitor les acompañaba tocando la guitarra canción tras canción.

Cuando se cansaron de cantar, los monitores se turnaron para contar historias de fantasmas. Contaron las leyendas del campamento, leyendas que se venían transmitiendo de campista a campista desde hacía casi un siglo.

La tarde avanzaba. El fuego se había ido apagando lentamente. Una pálida luna llena brillaba en lo alto.

El director del campamento se adelantó para finalizar la reunión.

De pronto, la oscuridad envolvió a los campistas.

Todos elevaron la mirada y observaron que la luna estaba ahora cubierta por un manto de nubes oscuras.

La niebla empezó a arremolinarse sobre el campamento. Era una niebla fría y húmeda. Se formaron nubes grises a su alrededor que poco a poco se fueron oscureciendo.

Cada vez se espesaban más.

Finalmente la niebla cubrió el campamento por completo, ondeando como humo negro.

La fría y húmeda bruma se agitaba y arremolinaba, envolviendo el fuego medio apagado, los campistas y monitores, las cabañas, el lago y los árboles.

Resultaba asfixiante, tan espesa y oscura que los jóvenes no eran capaces de distinguirse entre ellos. No podían ver el fuego. Ni siquiera el suelo. Era una bruma húmeda y silenciosa.

Se desvaneció en silencio, como había llegado, como humo dispersado por el viento.

La luna volvió a iluminar el lugar. El césped brilló como si estuviera cubierto de rocío.

El fuego se había apagado. Las brasas púrpura chisporroteaban sobre la tierra.

La niebla desapareció por completo entre los árboles.

Los campistas permanecieron sentados alrededor de la hoguera. Con los ojos inexpresivos, los brazos flácidos pegados al cuerpo.

Estaban inmóviles.

Ya no estaban vivos. La niebla había convertido el campamento en un campamento fantasma.

Los chicos, los monitores, el director del campamento, todos eran ahora fantasmas.

Se habían convertido en espíritus, en fantasmas.

Se pusieron en pie y volvieron a sus cabañas.

Ahora sabían que el campamento fantasma era su hogar… ¡para siempre!

Tío Marv se apartó un poco de la hoguera, con una sonrisa en el rostro.

Recorrí el círculo con la mirada.

Los rostros de todos se mostraban solemnes. Nadie sonreía.

«Es una historia bastante buena —pensé—. Incluso un poco escalofriante. Pero el final no vale mucho».

Me volví para ver qué pensaba mi hermano.

Me quedé boquiabierto al ver la aterrorizada expresión de su rostro.

—Alex, ¿qué? —grité. Mi voz rompió el silencio del círculo—. ¿Qué te pasa?

No contestó. Miraba a lo alto, hacia el cielo. Luego señaló hacia arriba con la mano.

Yo también miré hacia arriba y chillé horrorizado.

Una niebla oscura estaba invadiendo el campamento.



Me quedé boquiabierto al comprobar que la niebla se iba aproximando. A medida que se iba acercando hacia nosotros el suelo se oscurecía cada vez más, igual que los árboles y el cielo.

«Esto es una locura —me dije a mí mismo—. ¡Es imposible!».

Me senté al lado de Alex.

—Sólo es una coincidencia —le aseguré.

Tuve la impresión de que Alex no me oía. Se puso en pie de un salto. Le temblaba todo el cuerpo.

Me puse en pie a su lado.

—Sólo es niebla —añadí, tratando de parecer calmado—. Aquí en el bosque hay niebla muy a menudo.

—¿En serio? —preguntó Alex con un hilo de voz.

Estábamos envueltos en una bruma oscura y espesa.

—Claro —contesté—. ¡Eh! Nosotros no creemos en fantasmas, ¿recuerdas? No nos asustan esas historias.

—P-pero… —Alex tartamudeó—. ¿Por qué nos están mirando todos? —inquirió finalmente.

Me volví y escudriñé en la oscuridad.

Alex tenía razón. Todos los chicos del círculo tenían su mirada puesta sobre nosotros. Sus rostros se desvanecían tras la cortina de niebla oscura.

—Yo no… no sé por qué nos miran —le susurré a mi hermano.

Estábamos totalmente rodeados por la niebla. Empecé a temblar, tenía la piel helada.

—Harry, esto no me gusta —murmuró Alex.

La niebla se había espesado tanto que apenas distinguía a mi hermano, a pesar de que se encontraba muy cerca de mí.

—Ya sé que nosotros no creemos en fantasmas —dijo Alex—. Pero esto no me gusta. Es… es escalofriante.

Tío Marv rompió el silencio desde el otro lado del círculo.

—Hay una bonita niebla esta noche —comentó—. Pongámonos todos de pie y cantemos la canción del campamento Spirit Moon.

Alex y yo ya estábamos de pie. El resto de campistas y monitores obedecieron y se levantaron.

Sus rostros pálidos brillaban en la oscuridad.

Me froté las manos, frías y húmedas y me sequé la frente con la camiseta.

En cuanto tío Marv empezó a cantar, aquella bruma fue espesándose y oscureciéndose cada vez más. Todos le imitaron. Alex empezó a cantar a mi lado, esta vez con más suavidad.

La espesa niebla amortiguaba nuestras voces. Incluso la profunda voz de tío Marv se oía muy lejana y sofocada.

Yo también intenté cantar, pero no me sabía la letra. Mi propia voz sonaba quebrada y débil.

Mientras escrutaba entre la niebla, las voces se fueron apagando. Aunque todos cantaban, el sonido desaparecía en la niebla.

Finalmente, dejaron de oírse todas y cada una de las voces. Todas, menos la de Alex.

Se diría que era el único que seguía cantando, con su voz pura y suave, a mi lado, en la oscuridad.

Luego, también Alex cesó de cantar.

Entonces, la nube se desvaneció y el oscuro manto se elevó.

De nuevo la luna volvió a iluminarnos con su luz plateada.

Alex y yo miramos a nuestro alrededor sorprendidos.

No había nadie más.

Estábamos completamente solos. Éramos los únicos que permanecíamos ante la hoguera medio apagada.

10

Parpadeé una y otra vez.

No sé qué me esperaba. ¿Acaso creía que volverían a aparecer todos?

Alex y yo miramos asombrados al otro lado del círculo en absoluto silencio.

Todos habían desaparecido en la niebla, los campistas, los monitores, tío Marv.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Tenía la piel húmeda y fría a causa de la espesa niebla.

—¿D-dónde…? —pronunció Alex.

Tragué saliva con fuerza.

Un tronco quemado se derrumbó sobre las rojas cenizas. El golpe sordo que produjo al caer me sobresaltó, y di un salto.

Luego me eché a reír ante la asombrada mirada de mi hermano.

—Harry…

—¿No te das cuenta? —le dije—. Es una broma.

Alex me examinó aún más concienzudamente.

—¿Qué?

—Es una broma de campamento —le expliqué—. Seguro que se la gastan a todos los nuevos.

Alex torció el gesto, sopesando esa posibilidad. Pero me parece que no me creyó.

—Se han escondido todos en el bosque —le aseguré—. Aprovechando la niebla, echaron a correr. Debieron de ponerse todos de acuerdo para gastarnos la broma. Apostaría algo a que se

lo hacen a todos los recién llegados.

—Pero… ¿y la niebla? —preguntó Alex.

—¡Estoy seguro de que la provocaron ellos! —exclamé—. Puede que tengan una máquina que fabrica humo. Así sale mejor la broma.

Alex arrugó la barbilla, todavía con el miedo en los ojos.

—Seguramente lo hacen siempre —insistí—. Tío Marv cuenta la historia. Entonces alguien pone en marcha una máquina, llenan el círculo de humo oscuro y entonces… se van todos corriendo y se esconden.

Alex se volvió y miró hacia el bosque.

—Yo no veo a nadie escondido por allí —dijo con voz débil—. No veo que nadie nos vigile.

—Seguro que han vuelto a las cabañas —le aseguré—. Apostaría algo a que nos están esperando para ver la cara que ponemos.

—Nos estarán esperando para poder reírse de nosotros por haber caído en su estúpida broma —añadió mi hermano.

—¡Vamos! —grité. Le di una palmadita a Alex en la espalda y eché a correr entre la hierba mojada hacia las cabañas.

Alex corría a mi lado. La luna bañaba con su luz plateada el césped que se extendía frente a nosotros.

Como yo había imaginado, a medida que nos acercábamos a las cabañas, los campistas salieron todos corriendo. Se reían y silbaban, dándose palmadas mutuamente.

Les divertía ese engaño. Después nos contaron que gastaban la misma broma a todos los novatos.

Vi que Lucy se estaba riendo junto a un grupito de amigas.

Elvis cogió a Alex y lo derribó jugando.

Todos se rieron de nosotros y nos explicaron la cara tan asustada que habíamos puesto.

—No nos asustamos ni por un momento —mentí—. Alex y yo nos lo imaginamos antes de que la niebla desapareciera.

Este comentario hizo que todos volvieran a reírse y a mofarse de nuevo.

—¡Uuuh! —Uno de los chicos se tapó la boca con las manos y empezó a soltar alaridos de fantasma.

—¡Uuuh!

Esto provocó aún más risas y bromas.

No me importaba que se rieran de nosotros, en absoluto.

Me sentía muy aliviado… El corazón seguía latiéndome a toda prisa. Me flaqueaban las rodillas.

Pero estaba muy contento de que todo hubiera resultado ser una simple broma.

«En todos los campamentos de verano se hacen bromas —me dije a mí mismo—. Y hay que reconocer que ésta ha sido bastante buena».

Pero no consiguieron tomarme el pelo. Al menos, no por mucho tiempo.

—Quedan cinco minutos para apagar las luces. —La orden de tío Marv acabó con la broma—. ¡Apagad las luces, campistas!

Los muchachos volvieron a toda prisa a las cabañas.

Observé las casetas alineadas una junto a otra, y de pronto me sentí confundido. ¿Cuál era la nuestra?

—Por aquí, Harry —dijo Alex.

Me empujó hacia la tercera cabaña al final del camino. Para estas cosas mi hermano tiene mejor memoria que yo.

Cuando Alex y yo entramos en la cabaña, Elvis y otros dos chicos ya se encontraban en ella. Se estaban cambiando para ir a la cama. Se presentaron, eran Sam y Joey.

Me dirigí a mi litera y empecé a desvestirme.

—¡Uuuh! —Un alarido fantasmagórico me hizo dar un salto.

Me di la vuelta y vi a Joey burlándose de mí.

Todos se rieron, yo incluido.

«Me gustan las bromas de campamento —pensé—. Son un poco malvadas, pero tienen su gracia».

Noté algo suave y pegajoso en la planta de los pies, ya descalzos. ¡Ecs!

Miré hacia abajo y comprendí que acababa de pisar uno de aquellos fríos y repugnantes charquitos de baba azul.

Las luces de la cabaña se apagaron. Pero antes de que se apagaran observé las manchas azules, había charcos fríos y azules esparcidos por todo el suelo de la cabaña.

Tenía aquella cosa pegada en la planta del pie. Busqué a tientas por la oscura cabaña hasta que encontré una toalla para limpiarme

el pie.

«¿Qué serán estos charquitos azules?», me pregunté mientras subía a la litera de arriba.

Eché una mirada a la litera de Joey y Sam pegada a la pared.

Me quedé boquiabierto.

¡Me estaban mirando fijamente, con los ojos brillantes como linternas!

«¿Qué está ocurriendo aquí? —me pregunté.

»¿Qué son estas manchas azules que hay por todas partes?

»¿Y por qué los ojos de Sam y Joey brillan de esa manera en la oscuridad?».

Me volví hacia la pared y traté de no pensar en nada.

Ya estaba a punto de dormirme cuando sentí una mano fría y viscosa que me descendía por mi brazo.



—¡Eh!

Me incorporé de golpe. Todavía sentía el frío y humedad en mi piel.

Miré a mi hermano.

—¡Alex, me has dado un susto de muerte! —susurré—. ¿Qué quieres?

Alex se puso de pie sobre el colchón, mirándome con sus ojos negros.

—No puedo dormir —se quejó.

—Pues sigue intentándolo —repliqué con sequedad—. ¿Por qué tienes las manos tan frías?

—No lo sé —contestó—. Hace frío aquí dentro.

—Ya te acostumbrarás —dije—. Siempre tienes problemas para dormir en sitios nuevos.

Bostecé y esperé a que bajara a su litera. Pero no se movió.

—Harry, tú no crees en fantasmas, ¿verdad? —susurró.

—Claro que no —aseguré—. No dejes que un par de historias tontas te quiten el sueño.

—Sí. De acuerdo —asintió—. Buenas noches.

Le deseé buenas noches. Alex volvió a su cama, donde le oí dar vueltas. Su colchón chirriaba mucho.

«Pobre chico —pensé—. Esa estúpida broma del campamento fantasma y la niebla le han asustado.

»Por la mañana estará mejor», decidí.

Me volví y observé la litera de Joey y Sam en la oscura cabaña.

¿Les brillarían aún los ojos de aquella forma tan extraña?

No.

Todo estaba oscuro.

Empecé a darme la vuelta, pero me detuve, y miré fijamente.

—¡Oh, no! —murmuré en voz alta.

Observé a Joey a la pálida luz, estaba estirado, dormido, ¡suspendido medio metro por encima del colchón!

12

Traté de bajar de la cama sin hacer ruido, pero tenía las piernas liadas en la manta, y ¡por poco me voy de cabeza!

—Eh, ¿qué pasa? —oí susurrar a Alex desde la cama de abajo.

No le hice caso. Me di la vuelta y salté al suelo.

—¡Uau! —Caí con fuerza y me torcí el tobillo.

El dolor me subió rápidamente por toda la pierna, pero no hice caso y cojeé hasta la puerta. Recordaba que el interruptor de la luz estaba por allí.

Quería encender la luz.

Tenía que asegurarme de que estaba en lo cierto. De que Joey dormía flotando en el aire sobre su cama.

—Harry, ¿qué ocurre? —me preguntó Alex.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es? —Oí que preguntaba Elvis con voz quejumbrosa, medio dormido, desde la litera dispuesta en la otra pared.

Me arrimé al muro y lo recorrí a tientas con la mano hasta encontrar el interruptor y accionarlo.

La luz se encendió y la lámpara del techo bañó la pequeña cabaña de luz blanca.

Miré hacia la litera de Joey.

Él levantó la cabeza de la almohada y me miró con los ojos entrecerrados.

—Harry, ¿qué te ocurre? —preguntó. Estaba tumbado boca abajo, encima de la manta.

No estaba suspendido en el aire. No flotaba.

Tenía la cabeza apoyada en las manos y protestaba, mirándome fijamente.

—¡Apaga la luz! —dijo Sam con brusquedad—. Si tío Marv nos pilla con la luz encendida…

—P-pero… —tartamudeé.

—¡Apágala! —insistieron Elvis y Sam.

Apagué la luz.

—Lo siento —murmuré—. Creí haber visto algo.

Me sentí como un idiota. ¿Por qué había creído que Joey dormía suspendido en el aire?

«Debo de estar tan asustado como Alex —decidí—. ¡Ahora hasta veo cosas extrañas!».

Me reñí a mí mismo y traté de tranquilizarme.

«Estás nervioso porque es tu primer día en el campamento», decidí.

Crucé despacio la cabaña hasta mi cama. A mitad de camino, volví a pisar un charquito frío de esa sustancia pegajosa.

A la mañana siguiente Alex y yo encontramos unos uniformes blancos del campamento Spirit Moon, pantalón corto blanco y camiseta blanca, al pie de nuestras camas.

«Ahora ya no seremos distintos de los demás —pensé contento.

»Ahora formamos parte del campamento Spirit Moon».

Enseguida olvidé los temores que la noche anterior me habían quitado el sueño. Estaba ansioso por empezar un nuevo día en el campamento.

Aquella tarde, Alex se presentó a la prueba para participar en la función del campamento Spirit Moon.

Yo debía estar en el campo de fútbol. Se suponía que un grupo de chicos y yo teníamos que hacer prácticas montando tiendas de campaña. Nos estábamos preparando para una acampada nocturna en el bosque.

Pero me detuve frente al escenario al aire libre, a un lado del edificio, para escuchar cómo cantaba Alex.

Una monitora llamada Veronica, de larga cabellera cobriza que le cubría la espalda, era la encargada de hacer las pruebas de

aptitud. Me apoyé en un árbol y observé.

Había muchos chicos en las pruebas. Vi dos guitarristas, un chico que tocaba la armónica, un bailarín de claqué y dos *majorettes*.

Veronica, que tocaba un piano vertical frente al escenario, llamó a Alex y le preguntó qué canción quería cantar.

Escogió una canción de los Beatles que le gusta mucho. Mi hermano no suele escuchar música moderna. Le gustan los Beatles y los Beach Boys, los grupos de los sesenta.

Es el único chico de once años que conozco que escucha emisoras de radio dedicadas a la música de antes. Siento cierta compasión por él. Es como si hubiera nacido en una época equivocada o algo por el estilo.

Veronica tocó unas notas al piano y Alex empezó a cantar.

¡Qué voz!

Los otros chicos habían estado riendo, hablando y armando jaleo. Pero apenas unos segundos después de que Alex empezara a cantar, todos se calmaron. Se apiñaron alrededor del escenario y se pusieron a escuchar.

¡Realmente parecía un profesional! Quiero decir que probablemente podría cantar con un grupo y grabar un CD.

Incluso Veronica se quedó sorprendida. Estaba boquiabierta mientras tocaba el piano para Alex.

Cuando mi hermano acabó la canción, todos los chicos aplaudieron y le vitorearon. Elvis le dio una palmada en cuanto bajó de un salto del pequeño escenario.

El siguiente a quien llamó Veronica fue Elvis. Él le dijo que quería cantar una canción de Elvis Presley, ya que le habían puesto su nombre.

Se aclaró la garganta y empezó a cantar una canción llamada *Heartbreak Hotel*.

Bueno, la verdad es que te rompía el corazón, Elvis fue incapaz de cantar una sola nota sin desafinar.

Veronica trataba de seguirle con el piano. Pero me di cuenta de que tenía verdaderos problemas para conseguirlo. Probablemente hubiera preferido dejar de tocar el piano y taparse los oídos.

Elvis tenía una voz aguda y estridente, la melodía sonaba fatal,

tan desafinada que todos hicimos una mueca de disgusto.

Los chicos que estaban alrededor del escenario empezaron a quejarse y comenzaron a desfilar.

Elvis tenía los ojos cerrados. Estaba tan concentrado en su canción que ni los vio.

«¿Acaso no se da cuenta de lo malo que es? —me pregunté—. ¿Por qué quiere participar en un concurso de talentos si su voz es como el aullido de un perro?».

Elvis volvió a repetir el estribillo. Decidí irme de allí antes de que me reventaran los tímpanos.

Le dediqué a Alex un gesto de aprobación y me fui corriendo al campo de fútbol.

Sam, Joey y otro grupo de chicos ya estaban desdoblando las tiendas, preparándose para empezar a montarlas. Chris, el monitor encargado de esta actividad, me saludó con la mano.

—Harry, desenrolla esa tienda de allá —me ordenó—. Veamos lo rápido que eres montándola.

Recogí la tienda del suelo. Estaba muy bien atada, no ocupaba más que una mochila. Le di la vuelta con las manos. Como nunca había montado una tienda, no estaba seguro de cómo había que desplegarla.

Chris se dio cuenta de que no sabía por dónde empezar y se acercó.

—Es fácil —aseguró.

Tiró de dos correas y la tienda de nailon empezó a desenrollarse.

—¿Ves? Aquí están los palos. Sólo tienes que tirar de ellos y apuntalarlos.

Volvió a darme el bulto.

—Sí. Muy fácil —repetí.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Joey apartando la mirada de la tienda que estaba montando.

Escuché atentamente.

—Es Elvis, que está cantando —contesté.

Los desafinados berridos procedentes del escenario se oían incluso desde el campo de fútbol.

Sam meneó la cabeza.

—Suena como un animal atrapado en una trampa —dijo.

Todos nos reímos.

Joey y Sam se quitaron las zapatillas y se quedaron descalzos. Yo hice lo mismo. Era agradable sentir el cálido césped bajo los pies desnudos.

Desmonté la tienda, la estiré sobre la hierba y amontoné los palos de la tienda a un lado.

Sentía el calor del sol sobre la nuca. Intenté matar un mosquito que tenía en el brazo.

Oí un grito, y al levantar los ojos vi a Sam y a Joey luchando. No se estaban peleando, sólo bromeaban.

Habían cogido unos palos y estaban batiéndose en duelo, como si lucharan violentamente con espadas. Se reían y se divertían.

Entonces, Sam dio un traspiés, tropezó, perdió el equilibrio y cayó sobre una tienda, dándose un fuerte golpe contra el suelo.

Al ver que uno de los palos le atravesaba el pie, grité horrorizado.

13

Se me revolvió el estómago. Me sentía totalmente mareado.

La afilada estaca atravesaba el pie de Sam, como si estuviera clavado en la tierra.

Joey miró a Sam sobresaltado, boquiabierto, con expresión asustada.

Miré a mi alrededor buscando a Chris. Sabía que Sam necesitaba ayuda.

¿Dónde se había metido Chris?

—¡Sam! —grité—. Voy a buscar ayuda. Voy a… —Pero Sam no gritaba, no reaccionaba ni hacía ninguna mueca.

Muy calmado, bajó las dos manos y se arrancó la estaca del pie.

Yo grité. ¡Podía sentir el dolor en mi propio pie! Por simpatía, supongo.

Sam lanzó la estaca a un lado. No se veía ningún corte ni herida. ¡No le sangraba!

—¡Sam! —grité—. ¡Tu pie! ¡No sangra!

Él se volvió y se encogió de hombros.

—No me ha pillado los dedos —explicó.

Se arrodilló y empezó a apuntalar la tienda.

Tragué saliva y esperé a dejar de sentir náuseas.

«¿Que no le ha pillado? —pensé—. ¿Que no le ha tocado los dedos?».

¡Pero… yo había visto la estaca clavada en su pie!

¿O es que estaba alucinando de nuevo?

Traté de no pensar en ello durante el resto de la tarde. Me

concentré en las tiendas. Una vez tenía la tienda desenrollada montarla resultó fácil.

Chris nos hizo montar y desmontar las tiendas varias veces. Luego hicimos un concurso para ver quién montaba una tienda en menos tiempo.

Gané sin dificultad.

Sam dijo que había tenido la suerte del principiante.

Chris aseguró que ya estaba preparado para la acampada nocturna.

—¿Dónde acamparemos? —pregunté.

—En el bosque, en lo más profundo del bosque —contestó Chris. Guiñó un ojo a Sam y a Joey.

Me estremecí al acordarme de la historia de fantasmas que nos había contado tío Marv.

Traté de disipar el miedo que sentía. No iba a dejar que una simple historia de campamento me asustara.

Después, tuvimos clase de natación en el puerto. El agua del lago estaba limpia y fría. Yo tengo el grado de Socorrista Júnior. Así que Joey y yo hicimos prácticas de socorrismo el uno con el otro.

Ya no me acordaba de la estaca que había atravesado el pie de Sam. Había apartado ese pensamiento de mi cabeza.

Después del baño volví a la cabaña a cambiarme para la cena. En el suelo de la cabaña había más charquitos azules.

Nadie les daba importancia. Yo tampoco quería dársela. Así que traté de no pensar en ellos.

Llegó Alex muy excitado.

—¡Voy a actuar el primero en el concurso de talentos! —anunció —. A Veronica le gustó tanto mi canción que quiere que cante en el musical del campamento.

—¡Muy bien! —exclamé. Hicimos chocar las manos y luego le pregunté—: ¿Y Elvis?

—Él también participará en el concurso —contestó Alex—. Va a ser el director de escena.

Me puse los pantalones cortos blancos del campamento Spirit Moon y la camiseta y fui hacia el comedor a cenar.

Cuando vi un grupo de chicas que salían de las cabañas del otro lado, busqué a Lucy, pero no la vi.

Me sentía bastante bien.

No me acordé de las cosas extrañas que había visto, ni de los charquitos azules, ni de la misteriosa niebla oscura.

Tampoco pensé en la historia de fantasmas que Elvis había asegurado que era real.

Ni siquiera volví a acordarme de que Lucy había metido el brazo en el fuego y había sacado mi perrito caliente ardiendo, o de que había visto a Joey flotando sobre la cama. Me olvidé de que Sam se había clavado un palo en el pie, pero sin embargo no había sangrado ni gritado; había permanecido completamente impasible, como si no hubiera sentido nada, ningún dolor.

Estaba hambriento. Esperaba ansioso la hora de cenar. Dejé de pensar en aquellos extraños fenómenos.

Me sentía muy bien.

Pero Joey me puso de malhumor durante la cena, e hizo que todos los recuerdos sobre las cosas misteriosas que habían ocurrido volvieran a acudir a mi mente.

Acababan de servir la cena: pollo con una especie de salsa cremosa, espinacas y un grumoso puré de patatas.

Me daba igual lo que me dieran. Tenía tanta hambre que me hubiese comido cualquier cosa.

Pero antes de poder probar bocado, Joey me llamó desde la otra punta de la mesa.

—¡Eh, Harry! ¡Mira!

Aparté la mirada del plato.

Levantó el tenedor y… ¡se lo hincó con fuerza en el cuello!

14

—¡Ah! —grité. Solté el tenedor que tenía en la mano y cayó al suelo con gran estrépito.

Joey me dedicó una sonrisa burlona. El corazón me latía a toda velocidad.

Entonces, se sacó el tenedor tirando fuertemente de él, sin dejar de sonreír.

—¡Inténtalo tú! —me retó.

—Joey, ¡basta! —gritó Elvis desde el otro lado de la mesa.

—Sí. Déjanos un rato en paz —añadió Sam.

Miré asombrado el cuello de Joey. No tenía ni un solo corte. No había marcas del tenedor; ni sangre.

—¿C-cómo lo has hecho? —tartamudeé finalmente.

La sonrisa burlona de Joey ahora era aún más amplia.

—Sólo es un truco —contestó.

Miré a Alex, al final de la mesa. ¿Habría visto el «truco» de Joey?

Sí. Mi hermano estaba lívido. Se había quedado boquiabierto, muy asustado.

—Mira. Voy a enseñarte cómo se hace —se ofreció Joey.

Volvió a levantar el tenedor, pero al ver que tío Marv se asomaba por encima de su hombro, se detuvo.

—¿Qué ocurre, Joey? —le preguntó el hombre bruscamente.

Joey volvió a dejar el tenedor sobre la mesa.

—Sólo estábamos bromeando —contestó tratando de evitar la profunda mirada del director del campamento.

—Bien, cenemos, chicos —dijo tío Marv con firmeza—. No más bromas. —Presionó con fuerza los hombros de Joey con sus gruesos dedos.

—Ya sabéis que esta noche hay partido de fútbol. Chicos contra chicas.

Tío Marv soltó los hombros de Joey y se fue a la siguiente mesa. En ella estaban librando una batalla con la comida, el puré de patatas volaba por los aires.

Joey dijo algo entre dientes, pero no lo oí debido al alboroto reinante.

Me volví para comprobar cómo le iba a Alex al final de la mesa. Tenía el tenedor en la mano, pero no comía. Observaba atentamente a Joey, con una expresión seria en el rostro.

Yo sabía que él se estaba preguntando exactamente lo mismo que yo.

¿Qué estaba ocurriendo?

Joey había dicho que lo del tenedor sólo era un truco. Pero ¿cómo lo había hecho? ¿Por qué no se había hecho daño? ¿Por qué no le había salido sangre?

—¡Jugar al fútbol por la noche es genial! —saltó Eddie. Tenía la boca llena de pollo. La salsa cremosa le goteaba por la barbilla.

—Sobre todo cuando jugamos chicos contra chicas —añadió Sam—. ¡Acabaremos con ellas! Son penosas.

Eché un vistazo a la mesa de las chicas al otro lado de la sala. Charlaban animadamente, probablemente del partido de fútbol.

Vi a Lucy entre las sombras, cerca de la pared. Parecía no estar hablando con nadie. Su rostro tenía una expresión seria.

¿Me estaría mirando?

No sabría decirlo.

Me acabé la cena. Pero ya no tenía hambre.

—¿Cómo haces lo del tenedor? —le pregunté a Joey.

—Ya te lo he dicho. Sólo es un truco —contestó. Desvió la mirada y se puso a hablar con Sam.

El postre consistía en una especie de gelatina en forma de cuadrados rojos, amarillos y verdes. No estaba mal. Pero hubiera estado mejor con un poco de nata montada.

Mientras me acababa el postre, oí unos horribles gritos que

procedían de la entrada de la gran sala. Me volví y vi un murciélago revoloteando arriba y abajo del comedor.

Algunos de los chavales más pequeños chillaban. Pero en mi mesa todos permanecían muy tranquilos. El murciélago aleteaba ruidosamente, se posaba, saltaba y se lanzaba de un lado al otro del comedor.

Tío Marv persiguió al murciélago con una escoba. Y en unos minutos consiguió apresarlo sujetándolo contra la pared con el extremo de paja de la escoba.

Luego lo apartó de la pared y lo cogió con una mano.

¡Era tan pequeñito! ¡No mayor que un ratón!

Lo llevó hasta la puerta y lo soltó.

Todos aplaudieron.

—Ocurre muy a menudo —me explicó Sam—. Es porque las puertas del comedor no tienen cristales.

—Y en el bosque hay muchos más —añadió Joey—. Son murciélagos asesinos, aterrizan en tu pelo y te chupan la sangre de la cabeza.

Sam rió.

—Sí. Ya. —Me dedicó una sonrisa burlona—. Por eso Joey tiene un comportamiento tan extraño…

Me reí con ellos.

Pero también me pregunté si Sam estaba realmente bromeando o no.

Quiero decir que era cierto que Joey se comportaba de forma extraña.

—¡Todos al campo de fútbol! —gritó tío Marv desde la puerta del comedor—. Id con los monitores de deporte. Alissa y Mark organizarán los dos equipos.

Las sillas chirriaron sobre el suelo de piedra cuando todos se pusieron en pie.

Vi a Lucy que me saludaba con la mano. Pero Sam y Joey me empujaron.

La noche era fría y estaba nublado. La luna llena, escondida tras las nubes. La hierba, húmeda ya por el rocío.

Los monitores hicieron los equipos. A Alex y a mí nos tocó en el segundo equipo. Eso significaba que no íbamos a jugar en la

primera parte. Teníamos que permanecer en el banquillo y animar a los chicos del primer equipo.

Dos focos situados en lo alto de dos postes derramaban sobre el campo anchos triángulos de luz blanca. No había suficiente luz. Sobre el suelo se dibujaban largas sombras.

Pero eso formaba parte de la diversión.

Cuando empezó el partido, Alex se quedó a mi lado. El equipo de las chicas metió un gol en menos de un minuto.

Las chicas del banquillo se volvieron locas de alegría.

Los jugadores del equipo de los chicos se quedaron por allí, rascándose la cabeza y murmurando tristemente.

—¡Han tenido un golpe de suerte! ¡Sólo eso! —gritó Mark, el larguirucho monitor de los chicos—. ¡A por ellas, muchachos!

El partido prosiguió.

La luz que desprendían los focos pareció atenuarse. Miré hacia el cielo y observé que estaba cayendo la niebla.

De nuevo, la bruma se arremolinaba.

Mark pasó despacio por delante de nosotros, como una gran cigüeña.

—Va a ser otra noche oscura —nos anunció—. Los partidos nocturnos son más divertidos así. —Luego gritó una serie de instrucciones al equipo de los chicos.

La espesa niebla nos invadió rápidamente, arrastrada por una ráfaga de viento.

Alex se acercó a mí. Me volví y vi una expresión de preocupación dibujada en su rostro.

—¿Has visto lo que ha hecho Joey durante la cena? —preguntó en voz baja.

Yo asentí con un movimiento de cabeza.

—Dijo que era un truco.

Alex se quedó pensativo por un momento.

—Harry —dijo finalmente, sin apartar la mirada del juego—, ¿no crees que algunos chicos son un poco raros?

—Sí. Un poco —contesté. Me acordé de la estaca que Sam se había clavado en el pie.

—Ocurrió una cosa en el lago —continuó Alex—. No puedo dejar de pensar en ello.

Yo estaba mirando el partido, intentando ver entre la niebla. Empezaba a resultar difícil reconocer a los jugadores.

Se oyó aplaudir a las chicas desde su banquillo. Supuse que habían marcado otro gol. En algunas zonas, la niebla parecía tan espesa como la nieve y entorpecía mi visión.

Me estremecí.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunté a mi hermano.

—Después de las pruebas para la función, nos permitieron nadar un rato por libre —explicó—. Estábamos los chicos de mi grupo y un par de grupitos de chicas. La mayoría más pequeñas.

—Es agradable el lago —comenté—. El agua es muy clara y limpia… Y no está muy fría.

—Sí. Está bien —concordó Alex. Frunció el entrecejo—. Pero ocurrió algo muy raro. Quiero decir que… creo que fue raro.

Respiró profundamente. Me di cuenta de que parecía muy preocupado.

—¡Vamos, chicos! ¡Venga, venga, venga! —gritó Mark al equipo.

La luz que los focos desprendían se abría paso por entre la niebla y dibujaba extrañas sombras sobre el terreno de juego. La niebla era ahora tan espesa que casi no podía distinguir a los jugadores de las sombras.

—Yo estaba flotando en la superficie del agua —prosiguió Alex rodeándose la cintura con los brazos—. Tranquilamente. Moviéndome muy despacio. Una brazada, otra brazada, muy lentamente.

»Era nuestro tiempo libre, así que podíamos hacer lo que quisiéramos. Algunos chicos estaban haciendo una carrera de espalda cerca de la orilla. Pero yo nadaba a mi aire.

»El agua estaba muy limpia. Metí la cabeza debajo del agua y miré hacia el fondo. Y… entonces vi algo allí abajo.

Tragó saliva.

—¿Qué era? ¿Qué viste? —pregunté.

—Una chica —contestó Alex con un estremecimiento—. Una del grupo de las pequeñas. No sé cómo se llama. Tiene el pelo corto, negro y rizado.

—¿Estaba debajo del agua? —le pregunté—. ¿Quieres decir buceando?

—No. —Alex agitó la cabeza—. No estaba nadando. No se movía. Estaba a mucha profundidad, en el fondo del lago.

—¿Se había ahogado? —pregunté.

Alex se encogió de hombros.

—¡Me asusté tanto! —exclamó Alex, tan alto que se oyó por encima de los gritos de los dos equipos—. No se movía. Creo que no respiraba. Parecía como si le flotaran los brazos, se movían arriba y abajo. Y tenía los ojos abiertos… con la mirada vacía.

—¿Se había ahogado? —grité.

—Eso es lo que yo pensé —dijo Alex—. Sentí pánico. No sabía qué hacer. No podía pensar en nada. Simplemente me hundí.

—¿Te hundiste hasta el fondo para cogerla? —pregunté.

—Sí. No sabía si sería demasiado tarde; o si tenía que avisar a un monitor o qué —explicó y volvió a estremecerse.

»Descendí buceando. La cogí por los brazos, luego la agarré por debajo de los hombros, y tiré de ella hacia arriba. Flotaba con facilidad, como si no pesara nada.

»La empujé hasta la superficie. Entonces empecé a arrastrarla hacia la orilla. Me faltaba el aire, supongo que de pánico. Parecía que el corazón iba a explotarme; estaba muy asustado.

»A continuación oí algunas risas. Se estaba riendo de mí. Yo todavía la tenía agarrada por debajo de los hombros. Ella se volvió y… ¡me escupió agua en la cara!

—¡Oh! ¡Uau! —grité—. Uau, Alex. ¿Quieres decir que estaba bien?

—Sí —contestó con un movimiento de cabeza—. Se encontraba perfectamente y se reía de mí. Lo encontraba muy gracioso.

»Yo la miré fijamente. No podía creerlo. Había estado allá abajo, en el fondo, mucho rato.

»Entonces la solté y ella se apartó de mí, riéndose aún.

»Yo le pregunté: “¿Cómo lo has hecho? ¿Cuánto tiempo puedes aguantar debajo del agua?”.

»Pero eso todavía le provocó más risa. “¿Cuánto tiempo?”, insistí.

»Y contestó: “Mucho, mucho tiempo”.

»Finalmente se fue nadando donde se encontraban las otras chicas.

—¿Y qué hiciste? —le pregunté a Alex.

—Tenía que salir del agua —contestó—. Me temblaba todo el cuerpo. No podía dejar de temblar. Creí…, creí que… —Su voz se desvaneció.

»Por lo menos se encontraba bien —murmuró al cabo de un rato—. Pero ¿no lo encuentras un poco raro, Harry? Y luego, durante la cena, Joey se clavó el tenedor en el cuello.

—Es extraño, Alex —contesté tranquilo—. Pero debe de tratarse de simples bromas.

—¿Bromas? —preguntó. Me miraba fijamente con sus ojos negros.

—Los chicos siempre gastan bromas a los campistas recién llegados —le expliqué—. Ya sabes que aquí existe la costumbre de aterrorizar a los novatos. Seguramente sólo son bromas, nada más.

Alex se mordió el labio superior mientras pensaba en todo esto. A pesar de que estaba muy cerca de mí, la oscura niebla que nos rodeaba hacía que pareciera muy lejano.

Volví a concentrarme en el partido. Los chicos corrían por el césped hacia la portería contraria. Se pasaban la pelota, chutándola de un jugador a otro. No parecían reales, entrando y saliendo de las sombras que los rodeaban.

«Son bromas —me dije—. Sólo eso».

Mientras escrutaba entre la niebla, vi algo que no podía tratarse de una broma.

Cuando un chico chutó la pelota contra la red, la portera del equipo de las chicas se movió para intentar parar la pelota.

Pero fue demasiado lenta. O puede que tropezara.

El caso es que la pelota le golpeó fuertemente en la frente.

Se produjo un ruido sordo.

La pelota botó en el suelo.

Y la cabeza cayó a su lado.

15

Me quedé de una pieza.

Eché a correr por entre las espesas espirales de oscura niebla.

Aquella oscura y contorneante cortina parecía flotar sobre el suelo entre los árboles. Mientras corría hacia la chica sentía frío y humedad en el rostro.

A través de la negrura entreví a la chica tendida boca abajo, sobre el suelo.

Y su cabeza…

Su cabeza…

Me incliné y la recogí. No sé en qué estaba pensando.

¿Acaso pretendía volver a colocarla sobre sus hombros?

Totalmente aterrorizado, temblando de miedo, me incliné entre la niebla… y recogí la cabeza con las dos manos.

Era muy dura, casi inhumana.

La alcé, la elevé hasta la altura de mi cara.

Y vi que lo que tenía entre las manos era la pelota.

No era una cabeza. No era la cabeza de la chica.

Oí un quejido. Y al bajar la mirada vi a la chica que se ponía de rodillas. Murmuró algo y agitó la cabeza.

Tenía la cabeza sobre los hombros.

Se quedó allí y me miró frunciendo el entrecejo.

Yo la observé, contemplé su rostro, su cabeza. Me temblaba todo el cuerpo.

—Tu cabeza… —dije.

Ella se apartó la rubia cabellera lisa de la cara, se limpió los

pantalones cortos blancos con la mano y luego alcanzó la pelota.

—¡Harry, tú no eres del primer equipo! —oí que gritaba un chico.

—¡Sal del campo! —me dijo otro.

Al volverme vi que las jugadoras habían vuelto a sus posiciones.

—¡Pero yo he visto cómo se le caía la cabeza! —grité.

Enseguida me arrepentí de haberlo dicho. Sabía que no debía haber afirmado tal cosa.

Todos se rieron. Echaron las cabezas hacia atrás y se carcajearon de mí. Alguien me dio una palmadita en la espalda.

Sus rostros burlones, mofándose de mí, flotaban a mi alrededor. Por un momento, me pareció que a todos se les había caído la cabeza, que estaba rodeado de cráneos que se reían de mí y se agitaban a la misteriosa y tenue luz que desprendían los focos.

La chica levantó las manos, se cogió la cabeza y tiró de ella.

—¿Ves, Harry? —gritó—. ¡Todavía está pegada!

—¡Mejor que alguien compruebe si la cabeza de Harry está bien! —gritó un chico.

Todos volvieron a soltar la carcajada.

Vino un chico, me agarró por la cabeza y tiró de ella.

—¡Au! —grité.

Las risas siguieron.

Lancé el balón hacia la portería y me escabullí del campo.

«¿Qué me pasa? —me pregunté—. ¿Por qué estoy tan confundido?

»¿Por qué sigo imaginándome cosas?

»¿Es sólo que estoy muy nervioso por estar en un campamento nuevo? ¿O es que me he vuelto loco?».

Regresé con dificultad al banquillo y después lo pasé de largo. No sé adónde iba. Quería alejarme de aquellos chicos, que seguían burlándose de mí, y del campo de fútbol.

La espesa niebla había cubierto todo el terreno de juego. Dirigí la vista atrás. Aunque oía los gritos y risas de los jugadores, apenas se les veía.

Me di la vuelta y eché a andar hacia las cabañas. El rocío que mojaba el alto césped me hacía cosquillas al andar.

Estaba a medio camino cuando me di cuenta de que alguien me

seguía.

16

Me volví de golpe.

Apareció un rostro en la oscuridad.

—¡Alex! —grité. Con el alboroto del balón de fútbol y de la cabeza, me había olvidado de él por completo.

Se acercó tanto a mí, que hasta distinguí gotas de sudor que perlaban su labio superior.

—Yo también lo vi —susurró Alex.

—¿Qué? —pregunté. No sabía a qué se estaba refiriendo—. ¿Viste el qué?

—La cabeza de la chica —contestó Alex bruscamente. Se volvió en dirección al campo de fútbol. Para comprobar si alguien le seguía, supongo.

Luego se volvió de nuevo hacia mí y me tiró de la camiseta.

—Yo también vi cómo se le caía la cabeza y rebotaba contra el suelo.

Tragué saliva.

—¿Sí? ¿De verdad?

Él asintió con la cabeza.

—Creí que iba a vomitar. Fue… fue tan espeluznante…

—Pero ¡no se le cayó! —grité—. ¿No lo viste cuando corrí al campo? Recogí la pelota. No era una cabeza.

—Pero yo lo vi, Harry —insistió Alex—. Al principio creí que había sido por la niebla. Ya me entiendes. Que los ojos me estaban jugando una mala pasada. Pero…

—Tuvo que ser por culpa de la bruma —contesté tranquilo—.

Esa chica… se encontraba perfectamente.

—Pero si los dos lo vimos… —empezó a decir Alex. Se detuvo y suspiró—. Este campamento es muy raro.

—Eso sí que es verdad —contesté.

Alex se metió las manos en los bolsillos de los pantalones cortos y meneó la cabeza con una expresión de disgusto en el rostro.

—Elvis dice que esas historias de fantasmas son reales —dijo.

Apoyé las manos sobre los hombros de mi hermano. Noté que estaba temblando.

—Nosotros no creemos en fantasmas, ¿recuerdas? —afirmé—. ¿De acuerdo?

Él asintió con un movimiento lento de cabeza.

El primer aullido que oímos nos sobresaltó a los dos.

Me volví hacia el bosque. Oímos otro misterioso aullido procedente del mismo lugar que el primero.

No era el aullido de un animal, ni siquiera parecido.

Era un alarido largo y triste… de persona.

—¡Auuu!

De nuevo, un sonoro grito me dejó boquiabierto.

Alex me cogió del brazo. Tenía la mano fría como el hielo.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó asustado.

Abrí la boca con intención de contestarle, pero me interrumpió otro triste aullido.

—¡Auuu!

Oí a dos criaturas aullando. Quizá tres.

Quizá más.

Los misteriosos quejidos procedían de detrás de los árboles. Sonaban como si el bosque entero estuviera aullando.

Eran inhumanos, fantasmales.

—Estamos rodeados, Harry —susurró Alex, todavía cogido a mi brazo—. Sea lo que sea, nos tiene rodeados.

17

—¡Auuu!

Los espantosos quejidos procedían de entre los árboles.

—¡Corre! —susurré a Alex—. Vayamos al edificio principal. Quizás encontremos allí a tío Marv. Quizás…

Echamos a correr entre la niebla hacia el edificio.

Pero los aullidos nos perseguían. Cada vez eran más fuertes.

Oí un ruido sordo, de pasos, detrás de nosotros, avanzando sobre el césped.

Me di cuenta de que no teníamos escapatoria.

Alex y yo nos volvimos a la vez.

Y vimos a Elvis, a Sam y a Joey que nos perseguían con una sonrisa burlona en el rostro.

Sam repitió el fantasmal aullido poniéndose las manos alrededor de la boca. Entre carcajadas, Elvis y Joey echaron las cabezas hacia atrás y también aullaron.

—¡Idiotas! —grité y les amenacé con el puño.

Noté que se me subía la sangre al rostro.

Yo estaba a punto de explotar. Quería pegar a aquellos payasos, patear, machacar sus rostros burlones.

—¡Os lo habéis creído! —gritó Elvis—. ¡Os lo habéis creído! —Se volvió hacia Sam y Joey—. ¡Miradles! ¡Están temblando! ¡Oh! ¡Uau! ¡Están temblando!

Sam y Joey se rieron divertidos.

—¿Creíais que había lobos en el bosque? —preguntó Sam.

—¿O fantasmas? ¿Creísteis que había fantasmas? —añadió Joey.

—Callaos —repliqué.

Alex no dijo nada, sólo bajó la mirada al suelo. Estaba tan avergonzado como yo.

—¡Auuu! —Elvis volvió a aullar con voz aguda. Puso los brazos alrededor de la cintura de mi hermano y lo lanzó al suelo.

—¡Déjame! ¡Déjame! —protestó Alex enfadado.

Los dos lucharon sobre el césped húmedo.

—¿Te he asustado? —le preguntó Elvis sin aliento—. Admítelo, Alex. Creíste que era un fantasma, ¿no? ¿A que sí?

Alex no quiso contestar, en lugar de ello se quejó y empujó a Elvis. Siguieron peleándose un poco más.

Sam y Joey dieron unos pasos hacia mí, riéndose, muy orgullosos de sí mismos.

—No tiene ninguna gracia, ¿sabéis chicos? —dije refunfuñando —. Sois unos críos. En serio.

Joey y Sam entrechocaron las manos.

—¿Unos críos? —gritó—. Entonces, ¿cómo es que habéis caído en la trampa?

Abrí la boca dispuesto a contestarles, pero no pude pronunciar una sola palabra.

«¿Por qué he caído en la trampa? —me pregunté a mí mismo—. ¿Por qué he permitido que me asustaran tres chicos escondidos detrás de los árboles imitando aullidos?

»Normalmente, me hubiera reído de una broma tan estúpida».

Mientras los cinco nos dirigíamos hacia la cabaña seguí pensando en ello. Me di cuenta de que los campistas y monitores habían tratado de asustarnos a Alex y a mí desde nuestra llegada. Incluso tío Marv había colaborado con sus horripilantes historias.

Decidí que en el campamento Moon Spirit debían de tener la costumbre de asustar a los nuevos.

Y funcionaba. Habían conseguido ponernos los pelos de punta a Alex y a mí. Nos habían puesto tan nerviosos que saltábamos de miedo al mínimo ruido.

Entramos en la cabaña y encendí la luz.

Elvis, Sam y Joey todavía estaban riendo, aún se divertían con la broma.

Decidí que Alex y yo teníamos que sobreponernos, teníamos que

olvidarnos de todas aquellas tonterías sobre los fantasmas.

«Nosotros no creemos en fantasmas», me dije a mí mismo.

Me repetí esta frase una y otra vez. Como un cántico.

«Alex y yo no creemos en fantasmas y nunca lo hemos hecho. Jamás».

Sin embargo, la noche siguiente, después de un corto paseo por el bosque… ¡decidí que sí creía en fantasmas!

18

Al día siguiente Alex y yo fuimos objeto de múltiples bromas.

Al salir del comedor después del desayuno, alguien me lanzó un balón de fútbol y gritó:

—¡Mi cabeza! ¡Devuélveme mi cabeza!

Por la mañana teníamos natación. Joey, Sam y algunos chicos más empezaron a aullar como si fueran fantasmas. A todos les pareció muy divertido.

Vi a Lucy paseando por la orilla con otras chicas de su cabaña. Las otras chicas se reían de los aullidos fantasmagóricos, pero Lucy no.

En realidad, tenía una expresión muy seria en el rostro, parecía preocupada.

La pillé varias veces mirándome.

«Probablemente piensa que parezco un niño pequeño —me dije triste—. Seguro que se compadece de mí. Me comporté como un completo idiota delante de todos en el campo de fútbol la otra noche».

Después de la natación, me sequé. Me envolví con la toalla y eché a andar hacia Lucy, que se encontraba en el pequeño embarcadero.

El resto de las chicas se habían ido.

Lucy llevaba los pantalones cortos blancos y la camiseta. Tenía un pie dentro de una canoa de plástico, y la movía sobre la superficie del agua poco profunda.

—Hola —la saludé. De pronto me di cuenta de que no sabía qué

decirle.

—Hola —contestó.

No sonrió, sólo me clavó sus negros ojos.

De pronto, se volvió rápidamente y echó a correr.

—¡Eh! —la llamé. Eché a correr detrás de ella. Pero tuve que detenerme porque se me enredó la toalla entre las piernas—. ¡Eh! ¿Qué te pasa?

Ella desapareció detrás de la cabaña de trabajos manuales. No se volvió ni una sola vez.

«Yo sé lo que le ocurre —me dije con tristeza—. No quiere que nadie la vea hablando con un completo chiflado, un tipo que cree que a una chica se le puede caer la cabeza rodando, y que en el bosque hay fantasmas que aúllan».

Me envolví con la toalla. Sam, Joey y otros chicos me estaban observando desde la orilla. Me di cuenta, por las miradas burlonas de sus rostros, que habían visto huir a Lucy de mí a toda prisa.

—¡Quizá sea tu aliento! —bromeó Joey.

Se dejaron caer al suelo y empezaron a aullar.

Después de comer llegó el momento de escribir cartas. Los monitores se aseguraban de que estuviéramos todos en las literas y de que escribiéramos cartas a nuestros padres.

Una de las reglas del campamento era que teníamos que escribir a nuestros padres una vez por semana.

—Para que vuestros padres no se preocupen por vosotros —anunció tío Marv durante la comida—. Queremos que sepan que estáis pasando el mejor verano de vuestra vida, ¿de acuerdo?

—¡Eeeh, Spirits! —gritaron todos.

Yo no diría exactamente que estaba pasando el mejor verano de mi vida. De hecho, hasta ahora, había sido uno de los peores.

Pero decidí no poner eso en la carta que escribí a casa.

Subí a la litera de arriba y empecé a pensar en qué contarles a mis padres.

«Por favor, venid a buscarme —quise escribir.

»Todos son muy raros aquí. Alex y yo estamos muertos de miedo».

No. Ni hablar. No podía hacer algo así.

Me apoyé en un lado del colchón y me asomé abajo para observar a mi hermano. Estaba sentado en su cama, inclinado sobre la carta, escribiendo a toda prisa.

—¿Qué escribes? —le pregunté.

—Les explico lo de la función del campamento Spirit Moon —contestó—. Que voy a ser la estrella y a participar en el musical de la semana que viene.

—Muy bien —murmuré.

Decidí que yo también iba a contarles sólo cosas agradables a mis padres. ¿Para qué preocuparles? ¿Por qué iba a hacerles creer que no lo estaba pasando bien?

Si Alex no les contaba nada sobre las extrañas cosas que nos habían ocurrido, yo tampoco lo haría.

Me incliné sobre la hoja de papel y empecé la carta:

> Queridos papá y mamá:
>
> El campamento Spirit Moon es mucho más emocionante de lo que hubiera podido nunca imaginar…

—La actividad de esta noche, después de la cena, es una excursión nocturna —anunció tío Marv.

Los gritos de alegría resonaron en los arcos de madera del enorme comedor.

—¿Adónde vamos de excursión? —preguntó alguien gritando.

Tío Marv sonrió.

—A lo más profundo del bosque…

Por supuesto, esa frase hizo que todo el mundo pensara en la historia de fantasmas que había contado tío Marv dos noches antes. Algunos chicos aplaudieron. Otros se rieron.

Alex y yo cruzamos la mirada.

Pero la excursión resultó divertida. La luna llena iluminaba el bosque. Seguimos un camino alrededor del lago.

Todos parecían estar de buen humor. Cantamos la canción del campamento tantas veces que casi me aprendí toda la letra.

Cuando estábamos más o menos a medio camino del lago, aparecieron dos ciervos. Una madre y su cría.

El pequeño era monísimo, parecía Bambi.

Los dos ciervos se quedaron mirándonos. Hicieron una mueca de desprecio como diciendo: «¿Qué estáis haciendo en nuestro bosque?».

Luego desaparecieron muy deprisa entre los árboles.

El camino conducía a una pequeña explanada circular. Al salir al claro, la tierra pareció iluminarse. La luna brillaba tanto que me pareció poder distinguir cada uno de los arbustos, cada semilla, cada hoja del césped.

Era impresionante.

Empecé a relajarme. Sam, Joey y yo íbamos juntos, cantando, inventándonos letras divertidas para canciones que conocíamos. Cantamos *En lo alto del espagueti* unas veinte veces, hasta que unos chicos nos rogaron que dejáramos de cantarla.

«¿Por qué he sido tan tonto? —me pregunté a mí mismo.

»He hecho algunos amigos estupendos en este campamento. Me lo estoy pasando muy bien».

Me sentí estupendamente hasta que volvimos.

La espesa niebla había empezado a rodearnos. Nos saludó envolviéndonos con su frío y humedad, oscureciendo el cielo, el suelo, todo el campamento.

—Diez minutos para apagar las luces —anunció tío Marv.

Todos corrieron a sus cabañas.

Entonces, dos brazos robustos me cogieron por detrás y me detuvieron.

—¡Eh! —grité. Noté que me arrastraban hacia los árboles.

—¡Tsss! —me susurró alguien al oído.

Me di la vuelta y vi que era Lucy quien me sujetaba.

—¿Qué haces? —le susurré—. Tenemos que ir a la cama. Debemos prepararnos para…

—¡Tsss! —me silbó de nuevo al oído.

Me examinó el rostro con sus ojos negros. ¿Tenía las pálidas mejillas mojadas de lágrimas?

Estábamos rodeados de retazos de niebla.

Me soltó los brazos. Pero siguió mirándome fijamente.

—Harry, tienes que ayudarme —susurró.

Tragué saliva.

—Lucy, ¿qué ocurre?

—Creo que ya lo sabes —repuso con suavidad—. Todo es cierto. Lo que piensas es cierto.

Yo no entendía nada. Volví a contemplarla boquiabierto.

—Somos fantasmas, Harry —me explicó Lucy—. Todos los de este campamento somos fantasmas.

—Pero, Lucy… —empecé a decir.

—Sí. —Asintió con la cabeza tristemente—. Yo también soy un fantasma.

19

La niebla ocultaba los árboles. La luz que derramaba la luna hacía brillar los ojos de Lucy como si fueran joyas oscuras. Pero el brillo desapareció en cuanto la niebla cubrió la luna.

No parpadeé. No me moví. De pronto me sentí tan petrificado como las rocas del suelo.

—Supongo que…, supongo que estás bromeando, ¿no? —balbuceé—. ¿Se trata de otra de las bromas del campamento Spirit Moon?

Pero yo ya sabía la respuesta.

La leía en sus ojos negros, en su boca temblorosa, en su piel pálida.

—Soy un fantasma —repitió triste—. Las historias… son reales, Harry.

«Pero yo no creo en fantasmas», estuve a punto de decir.

Sin embargo, ¿cómo podía no creer en fantasmas si tenía uno justo frente a mí, mirándome?

¿Cómo podía no creer en Lucy?

—Te creo —susurré.

Ella suspiró y apartó el rostro.

—¿Cómo es posible? —pregunté.

—Todo ocurrió tal y como tío Marv contó en su historia —contestó—. Estábamos todos sentados alrededor de un fuego de campamento. Como la otra noche. Y, de pronto, nos rodeó una niebla muy oscura y espesa.

Volvió a suspirar. A pesar de que todo estaba muy oscuro

distinguí el brillo de las lágrimas en los ojos de Lucy.

—Cuando por fin desapareció la niebla —continuó Lucy—, todos estábamos muertos. Nos habíamos convertido en fantasmas. Estamos aquí desde entonces. No puedo explicarte nada más. No sé nada más.

—Pero ¿cuándo ocurrió eso? —pregunté—. ¿Desde cuando… desde cuándo eres un fantasma, Lucy?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. He perdido la noción del tiempo. Cuando eres un fantasma el tiempo deja de existir. Sólo pasan los días, uno tras otro. Creo que es para siempre.

Me quedé mirándola fijamente, sin decir nada.

Sentí varios escalofríos que descendían por mi espalda. Todo mi cuerpo estaba temblando. Ni siquiera traté de contenerme.

Levanté la mano y cogí la suya.

Creo que quería ver si ella era real o no. Quería comprobar si me estaba gastando otra broma o no.

—¡Oh! —Tenía la mano helada, tan fría como la niebla oscura. La solté de inmediato.

—¿Me crees ahora? —me preguntó suavemente. De nuevo me examinaba con sus ojos negros.

Asentí con la cabeza.

—T-te creo —tartamudeé—. Te creo, Lucy.

Ella no dijo nada.

Todavía sentía el frío de su mano en mis dedos.

—Los charquitos azules —murmuré—. Esos charcos azules y pegajosos que hay en el suelo de la cabaña. ¿Sabes qué son?

—Sí —contestó—. Son gotas de protoplasma.

—¿Qué? ¿Protoplasma?

Ella asintió con la cabeza.

—Cuando nos materializamos, cuando nos hacemos visibles, se forman esos charquitos.

Frunció el entrecejo con tristeza.

—Necesitamos mucha fuerza para hacernos visibles, requiere mucha energía. Los charquitos de protoplasma se forman cuando utilizamos esa energía.

No acababa de entenderlo.

Pero después de haberlos pisado, sabía que aquella sustancia era extraña, inhumana.

Eran huellas de fantasmas.

—¿Y las cosas que hemos visto Alex y yo? —pregunté—. Chicos que flotan sobre la cama, ojos que brillan como linternas, chicos que se clavan cosas y no sangran ni gritan de dolor…

—Algunos chicos han tratado de asustaros —confesó Lucy—. Sólo querían divertirse un poco, Harry. Es aburrido ser un fantasma, créeme. No tiene ningún aliciente pasar un día tras otro aquí, a sabiendas de que ya no eres real, que no vas a crecer nunca, que jamás cambiarás. —Lucy sollozó tristemente—. ¡Saber que nunca tendremos una verdadera vida!

—Yo-yo…, lo siento mucho —tartamudeé.

Lucy cambió de expresión.

Entrecerró los ojos. En su boca se dibujó una sonrisa burlona muy desagradable.

Di un paso hacia atrás y de repente sentí mucho miedo.

—Ayúdame, Harry —susurró Lucy—. No lo soporto más. Tienes que ayudarme a salir de aquí.

—¿Salir de aquí? —grité, y retrocedí otro paso—. ¿Cómo?

—Tienes que dejar que posea tu mente —insistió ella—. ¡Déjame ocupar tu cuerpo!

20

—¡No! —grité.

El pánico se apoderó de mí. Sentía que todos los músculos de mi cuerpo se tensaban. Percibía el fuerte latido en mis sienes.

—Tengo que ocupar tu mente, Harry —repitió de nuevo Lucy acercándose a mí—. Por favor. Ayúdame, por favor.

—¡No! —repetí.

Estaba deseando dar la vuelta y echar a correr. Pero no podía moverme.

Tenía las piernas como de gelatina, todo mi cuerpo temblaba.

«Yo no creo en fantasmas».

Ese pensamiento cruzó mi mente… pero ya no era cierto.

Estaba de pie, en el límite del bosque, mirando a Lucy. Mirando el fantasma de Lucy.

La niebla nos rodeó.

De nuevo traté de echar a correr, pero no me respondían las piernas.

—¿Qué…, qué quieres hacer conmigo? —pregunté finalmente—. ¿Por qué tienes que ocupar mi mente?

—Ésa es mi única salida —contestó Lucy. Tenía la mirada fija en mí—. Es lo único que puedo hacer.

—¿Por qué no tratas simplemente de huir? —insistí.

Lucy suspiró.

—Si intento abandonar el campamento por mi cuenta, desapareceré. Si les abandono, me desvaneceré. Me convertiré en bruma, formaré parte de la niebla.

—N-no lo entiendo —tartamudeé.

Di un paso hacia atrás. La niebla parecía envolverme, fría y húmeda.

Lucy estaba a dos pasos delante de mí. Pero casi no la veía, aparecía y desaparecía entre la niebla.

—Necesito ayuda —me dijo muy suavemente. Tenía que esforzarme para oír lo que decía—. La única manera que existe de que un fantasma pueda escapar es ocupando la mente de una persona viva.

—Pero… ¡es imposible! —grité.

«Vaya tontería estoy diciendo —me regañé a mí mismo—. ¡También es imposible ver un fantasma! ¡Todo lo que me ocurre es imposible! Pero está ocurriendo».

—Necesito poseer la mente y el cuerpo de una persona viva —explicó Lucy—. Tengo que ocupar tu cuerpo, Harry. Te necesito para que me saques de aquí.

»¡No! —volví a gritar—. ¡No puedo! Quiero decir que… —El corazón me latía con tanta fuerza que casi no podía ni hablar.

—No voy a dejar que ocupes mi mente —conseguí pronunciar finalmente—. Si lo haces, ya no volveré a ser yo nunca más.

Empecé a apartarme un poco.

«Tengo que volver a la cabaña —decidí—. Tengo que ir a buscar a Alex y huir de este campamento. Lo antes posible».

—No te asustes —rogó Lucy.

Me siguió. La niebla nos rodeaba, como si nos envolviera en un círculo.

—No te asustes —repitió—. Tan pronto como estemos lejos de aquí, te dejaré. Abandonaré tu mente y tu cuerpo. Te lo prometo, Harry. En cuanto salgamos del campamento, me iré. Volverás a ser tú otra vez. Estarás bien.

Dejé de retroceder. Estaba temblando. Tenía todo el cuerpo mojado a causa de la humedad de la bruma.

—Harry, por favor —rogó Lucy—. Por favor. Te prometo que estarás bien. Te lo aseguro.

La miré a través de la niebla.

¿Debía aceptar?

¿Debía permitir que Lucy ocupara mi mente?

Si lo hacía, ¿me la devolvería?
¿Podía confiar en ella?

21

Lucy flotaba frente a mí. Me suplicaba con sus ojos negros.

—Por favor —susurraba.

—No. Lo siento. No puedo. —Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera pensarlas—. No puedo, Lucy.

Ella cerró los ojos, tensó los músculos de la mandíbula mientras le rechinaban los dientes.

—Lo siento —repetí y retrocedí un poco.

—Yo también lo siento —repuso con frialdad. Entrecerró los ojos y dibujó una extraña sonrisa en sus labios—. Lo siento mucho Harry. Pero no tienes elección. ¡Tienes que ayudarme!

—¡No! ¡De ninguna manera!

Me volví y traté de echar a correr.

Pero algo me retenía. La niebla me tenía cogido.

Era una bruma espesa, húmeda, asfixiante, que tiraba de mí, que me empujaba, y me retenía.

Intenté gritar pidiendo ayuda. Pero la niebla ahogó mi grito.

Lucy desapareció en la oscuridad.

Entonces noté algo frío sobre mi cabeza, seguido de un escozor en el pelo.

Me palpé con las dos manos, y sentí mucho frío, como si tuviera escarcha sobre el cabello.

—¡No! —grité—. ¡No, Lucy!

El frío descendió. Me escocía el cuero cabelludo. Sentía el rostro helado.

Me froté las mejillas, entumecidas y heladas.

—¡Lucy, por favor! —rogué.

Podía sentirla, muy ligera, muy fría, ocupando mi cuerpo, apoderándose de mi cerebro.

Podía sentirla. Y sentí cómo mi yo desaparecía.

Me invadía un profundo sueño.

El frío se apoderaba de mí, me descendía por el cuello, por el pecho…

—¡Nooo! —pronuncié un fuerte aullido de protesta.

Cerré los ojos con fuerza. Sabía que debía concentrarme. Tenía que pensar, mantenerme despierto. No podía dejarme llevar.

No debía permitir que me ocupara, que se apoderara de mi mente, y controlara mi cuerpo.

Apreté la mandíbula con fuerza. Mantuve cerrados los ojos y tensé cada uno de mis músculos.

«¡No! —pensé yo—. ¡No puedes hacerme esto, Lucy!

»¡No dejaré que ocupes mi mente!

»No conseguirás poseerme. ¡No voy a permitirlo!».

El frío se apoderó de todo mi cuerpo, me escocía la piel, me sentía entumecido.

Y tenía mucho sueño… estaba soñoliento…

22

—¡Nooo! —volví a gritar echando la cabeza hacia atrás.

«Si sigo gritando me mantendré despierto —me dije a mí mismo—. Y podré rechazar a Lucy de mi cuerpo. Expulsarla».

—¡Nooo! —rogué en medio de la niebla que me rodeaba como un torbellino.

»¡Nooo!

Empecé a sentir que el frío me abandonaba.

—¡Nooo!

Apreté con fuerza los brazos, me froté las mejillas, consciente de que estaba recuperando la sensibilidad.

—¡Nooo!

De pronto me sentí más ligero y completamente despejado.

«¡Lo he conseguido! —comprendí—. ¡Me he deshecho de Lucy!».

Pero ¿cuánto tiempo tardaría en volver a intentar poseerme?

Respiré profundamente dos veces.

«Respiro —me dije a mí mismo—. Soy yo… y puedo respirar».

Ahora tenía más fuerzas. Bajé la cabeza y me lancé a través de la niebla.

Mis zapatillas de deporte resonaban contra el suelo, de vuelta a la cabaña.

Las luces estaban apagadas. Los chicos ya se habían metido en la cama.

Me apresuré a entrar en la cabaña, la contrapuerta se cerró de golpe detrás de mí.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam.

No le contesté.

Crucé la habitación a toda prisa, agarré a mi hermano y le sacudí con fuerza.

—Vamos. Date prisa —le ordené.

—¿Qué ocurre? —Alex me miró sin abrir apenas los ojos, medio dormido aún.

No pronuncié una sola palabra. Le alcancé los pantalones cortos y las zapatillas.

Oí que los otros chicos se movían en sus literas. Joey se sentó en la cama.

—Harry, ¿dónde estabas? —preguntó.

—Hace diez minutos que dieron la orden de apagar las luces —dijo Sam—. Vamos a tener problemas por tu culpa.

No les hice caso.

—¡Alex, date prisa! —susurré.

Tan pronto como se hubo atado las zapatillas lo agarré por el brazo y lo arrastré en dirección a la puerta.

—Harry, ¿qué pasa? —preguntó.

—¿Adónde vais? —oí que preguntaba Joey.

Empujé a Alex hacia el exterior. La contrapuerta dio un portazo.

—¡Corre! —grité—. Te lo explicaré luego. Tenemos que salir de aquí, ¡ahora!

—Pero Harry…

Empujé a Alex por el césped. La niebla ya no era tan espesa, ahora permitía que la luz de la luna nos iluminara un poco. Seguimos el camino hacia el bosque.

Las zapatillas resbalaban sobre el césped húmedo. Sólo se oía el chirrido de los grillos y el sonido del viento que agitaba los pinos.

Un minuto o dos más tarde, Alex quiso detenerse para recobrar el aliento.

—¡No! —insistí—. Vamos. Nos seguirán. Nos encontrarán.

—¿Adónde vamos? —preguntó Alex.

—A lo más profundo del bosque —respondí—. Tan lejos del campamento como podamos.

—No puedo correr más, Harry —protestó mi hermano—. Me duele el costado y…

—¡Son fantasmas! —grité—. Alex, sé que no vas a creerme

pero… tienes que intentarlo. Los chicos, los monitores, tío Marv… ¡Todos son fantasmas!

Alex mostraba una expresión cada vez más solemne en el rostro.

—Ya lo sé —contestó con voz apagada.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

Nos metimos entre dos troncos de árbol que se cruzaban. Por encima del chirrido de los grillos oía las olas que rompían en la orilla del lago, más allá de los matorrales.

«Todavía estamos demasiado cerca del campamento», me dije a mí mismo.

Empujé a mi hermano en dirección contraria, lejos del lago, adentrándonos en el bosque a través de las altas hierbas y los matorrales.

—Alex, ¿cómo lo sabes? —volví a preguntarle.

—Me lo explicó Elvis —contestó, y se secó el sudor de la frente con el brazo.

Nos agachamos para evitar las ramas de un alto arbusto espinoso. Rocé las espinas con la cabeza. Sin pensar en el dolor que sentía, seguí caminando.

—Elvis dijo que la historia de fantasmas de la niebla era real —prosiguió Alex—. Yo pensé que sólo quería asustarme. Pero luego, él… él… —Se le quebró la voz.

Corrimos hasta una pequeña explanada. Allí la luz de la luna hacía resplandecer el césped. Dirigí la mirada hacia un lado, luego hacia el otro. No sabía en qué dirección correr.

Aplasté un mosquito que tenía en el brazo.

—¿Qué hizo Elvis? —le pregunté a Alex.

Él se peinó hacia atrás la oscura cabellera con los dedos.

—Intentó apoderarse de mi mente —me explicó con voz temblorosa—. Empezó a flotar en la niebla. Y luego sentí mucho frío.

Se oyó el crujido de unas ramitas y luego el de hojas secas.

¿Serían pasos?

Empujé a Alex hacia los árboles, fuera de la explanada.

Nos pegamos al tronco de un árbol muy ancho y escuchamos.

Ya no se oía nada.

—Quizás haya sido una ardilla o cualquier otro animal —susurró

Alex.

—Es posible —contesté y escuché atentamente.

Por entre las copas de los árboles se veía la luz de la luna que dibujaba sombras danzantes sobre la suave explanada.

—Tenemos que seguir —dije.

«Todavía estamos demasiado cerca del campamento. Si los fantasmas nos siguen…», no quise seguir pensando. No quería imaginar lo que podría ocurrir si venían tras nosotros y nos cogían…

—¿Por dónde se va a la carretera? —preguntó Alex mientras escudriñaba por entre los árboles—. No está muy lejos del campamento, ¿no? Si conseguimos llegar hasta la carretera, seguro que nos recoge algún coche.

—Buena idea —dije.

¿Cómo no se me había ocurrido?

Allí estábamos, en medio del bosque, lejos de la carretera, y sin saber qué dirección tomar para encontrarla.

—Tiene que ser por ahí atrás —decidió Alex señalando con el dedo.

—No. Ése es el camino de vuelta al campamento —aseguré.

Empezó a contestar algo, pero un fuerte ruido le detuvo.

—¿Has oído eso? —susurró.

Lo había oído.

Volvimos a oírlo de nuevo.

Era un fuerte ruido, y estaba muy cerca.

—¿Es un animal? —pregunté en voz baja.

—M-me… pa-parece…, me parece que no —tartamudeó Alex.

BUM.

Más fuerte.

«¿Será un fantasma? —me pregunté.

»¿Nos habrá encontrado alguno de ellos?».

—¡Rápido, por aquí! —ordené. Cogí a Alex de la muñeca y lo arrastré con fuerza.

Teníamos que alejarnos de aquel ruido espeluznante, fuera lo que fuera.

BUM.

Más fuerte.

—¡Éste no es el camino! —grité.

Nos dimos la vuelta y echamos una mirada hacia la explanada.

BUM.

—¿Por dónde? —gritó Alex—. ¿Por dónde? Se oye… ¡se oye por todos lados!

BUM.

Y entonces, desde algún lugar situado exactamente delante de nosotros, surgió una profunda voz que dijo gruñendo:

—¿POR QUÉ ESTÁIS SOBRE MI CORAZÓN?

23

El suelo tembló y retumbó.

Alex y yo gritamos aterrorizados.

Pero un ruido sordo que se convirtió rápidamente en un gruñido amortiguó nuestros gritos.

La tierra se abrió bajo nuestros pies.

Ambos levantamos los brazos mientras nos hundíamos.

Yo caí de bruces, Alex de espaldas. El suelo temblaba y retumbaba tambaleándose a nuestro alrededor.

—¡Es… es el monstruo! —gritó mi hermano.

«¡No puede ser! —pensé mientras me levantaba con dificultad.

»Ese monstruo forma parte de un cuento de una estúpida historia de campamento.

»No puede estar en este bosque».

Ayudé a Alex a ponerse en pie. Pero el suelo volvió a moverse, y los dos caímos de rodillas.

BUM. BUM.

—¡No puede ser verdad! —grité—. No puede ser…

Me quedé boquiabierto de miedo al ver aparecer frente a nosotros una enorme cabeza peluda de ojos encendidos, rojos como llamas. Eran unos ojos redondos, espantosos, brillantes, hundidos en un rostro desagradable y malhumorado. La criatura nos dedicó una mirada enfurecida.

—¡E-el monstruo! —tartamudeó Alex.

Los dos estábamos de rodillas, sin poder evitar dar bandazos sobre aquel inestable suelo.

¿Era el suelo? ¿O el pecho del monstruo?

La criatura abrió la enorme boca, semejante a una cueva, y nos mostró filas y filas de dientes amarillos muy afilados.

Levantó la cabeza muy lentamente y la fue acercando cada vez más.

Tenía las peludas fauces muy abiertas, se disponía a engullirnos mientras nosotros luchábamos, desesperados, por huir.

—¡Harry! ¡Harry! —Alex me llamaba a gritos—. ¡Se nos va a tragar! ¡Va a devorarnos!

Y entonces, de repente, se me ocurrió una idea.

24

El enorme monstruo soltó un fuerte gruñido.

Abrió de par en par la peluda boca y desenrolló una enorme lengua de color morado. Al ver que tenía la lengua erizada de pinchos me quedé boquiabierto.

—¡Cuidado, Alex! —grité.

Demasiado tarde.

El suelo se movió, lanzándonos por los aires a los dos. Aterrizamos con gran estrépito sobre la lengua.

—¡Oooh! —exclamamos. ¡Era como un cactus!

Poco a poco, la morada lengua espinosa empezó deslizarse, nos llevaba hacia el interior de la enorme boca del monstruo.

—Nosotros no creemos en monstruos —le dije a Alex.

Tenía que gritar muy alto, por encima del rugido del monstruo hambriento. La lengua nos acercó a la boca. Estábamos muy cerca de las filas de puntiagudos dientes amarillos.

—¡Nosotros no creemos en este monstruo! —grité—. Es de mentira. Forma parte de una historia. ¡Si no creemos en él no puede existir!

A Alex le temblaba todo el cuerpo. Se encogió sobre sí mismo y se hizo un ovillo.

—¡Pues parece muy real! —respondió.

La lengua siguió arrastrándonos. Percibimos el fétido aliento del monstruo. Incluso distinguimos unas manchas negras en los afilados dientes.

—Concéntrate —le ordené a mi hermano—. No creemos en

monstruos.

Alex y yo empezamos a corear esas palabras, una y otra vez.

—No creemos en ti. No creemos en ti.

La lengua morada nos condujo al interior de la enorme boca. Traté de agarrarme a los dientes. Pero resultaban demasiado escurridizos.

Me resbalaron las manos. Noté cómo me engullía.

Abajo, abajo. Hacia el oscuro interior.

—No creemos en ti. No creemos en ti —seguíamos repitiendo Alex y yo.

Pero nuestras voces se amortiguaban a medida que íbamos deslizándonos por la palpitante garganta de la criatura.

—Harry, ¡se nos ha tragado! —gritó Alex desesperado.

—Sigue cantando —le ordené—. ¡Si no creemos en él no puede existir!

Una ola de espesa saliva me envolvió. Cerré la boca con fuerza mientras aquella baba caliente y pegajosa se me pegaba a la piel y la ropa.

Las paredes de la garganta latían cada vez más fuerte, empujándonos hacia el interior, hacia las profundidades, hasta la enorme boca del estómago, palpitante y rugiente.

—¡Oooh! —Alex inspiró profunda y largamente en señal de derrota. Se dejó caer sobre las rodillas. También estaba cubierto de espesa saliva.

—¡Sigue repitiéndolo! ¡Tiene que funcionar! ¡Tiene que ser así! —grité.

—No creemos en ti. No creemos en ti.

—¡No creemos en ti!

Alex y yo chillamos aterrados cuando empezamos a caer.

Caíamos rápidamente hacia el interior de la agitada boca del estómago.

25

Cerré los ojos.

Esperaba oír el sonido de la caída seguido de un golpe.

Esperaba recibir el impacto de la superficie del estómago.

Esperaba…

Cuando abrí los ojos, estaba de pie en el suelo, junto a mi hermano, en una explanada cubierta de césped.

La brisa balanceaba los pinos. La luna llena se asomaba por detrás de las delgadas nubes.

—¡Eh! —grité. ¡Estaba muy contento de poder oír mi propia voz!

Me alegraba de poder ver el cielo y el suelo, de poder respirar aire fresco.

Alex empezó a dar vueltas sobre sí mismo, a girar como una peonza, mientras se reía con todas sus fuerzas.

—¡No creímos en ti! —gritó muy feliz—. ¡No hemos creído en ti y ha funcionado!

Habíamos pasado tanto miedo que nos sentíamos muy excitados al comprobar que el monstruo había desaparecido.

¡Buf! Sólo había sido una jugada de nuestra imaginación.

Yo también empecé a dar vueltas y a reírme.

Pero nos detuvimos al comprobar que de nuevo teníamos compañía.

Cuando vi todos aquellos rostros a nuestro alrededor, proferí un grito. Estábamos rodeados de rostros pálidos y brillantes ojos.

Reconocí a Sam, a Joey, a Lucy y a Elvis.

Me acerqué a Alex a medida que los campistas, los fantasmas,

formaban un círculo a nuestro alrededor para cercarnos.

Tío Marv avanzó hacia el interior del círculo. Sus diminutos ojos brillaban como el fuego. Nos miró con ojos entrecerrados, muy enfadado.

—¡Cogedlos! —gritó—. Llevadlos de vuelta al campamento. Nadie se escapa del campamento Spirit Moon.

Varios monitores avanzaron rápidamente y nos agarraron.

No podíamos movernos. No podíamos correr hacia ningún lado.

—¿Qué vais a hacernos? —pregunté.

26

—Necesitamos chicos vivos —tronó la voz grave de tío Marv—. No podemos permitir que los chicos salgan de aquí vivos. A menos que se lleven a uno de nosotros con ellos.

—¡Nooo! —gritó Alex—. ¡No podréis poseer mi mente! ¡No lo haréis! ¡No voy a permitirlo!

El círculo de fantasmas se fue cerrando sobre nosotros, los campistas fantasmas se acercaban más y más.

Traté de refrenar el temblor de mis piernas y calmar los latidos de mi corazón.

—Alex, tampoco creemos en ellos —le susurré.

Me miró fijamente, momentáneamente confundido. Luego lo entendió.

Habíamos conseguido que el monstruo desapareciera no creyendo en él. Así que haríamos lo mismo con los campistas fantasmas.

—Cogedlos. Llevadlos de vuelta al campamento —ordenó tío Marv a los monitores.

—No creemos en vosotros. No creemos en vosotros —empezamos a corear Alex y yo.

»No creemos en vosotros. No creemos en vosotros.

Observé atentamente el círculo de rostros fantasmales, esperando a que desaparecieran.

Canté junto con mi hermano, cada vez más aprisa, más alto.

—No creemos en vosotros. No creemos en vosotros.

Cerré los ojos con fuerza.

Y al abrirlos…

Los fantasmas seguían allí.

—No puedes hacer que desaparezcamos, Harry —dijo Lucy que avanzó un paso en el círculo. Me miró con los ojos muy brillantes, plateados y fríos al reflejo de la luz de la luna—. Conseguiste que el monstruo desapareciera porque no era real, era uno de nuestros trucos de fantasmas —explicó—. Os hicimos verlo. ¡Pero nosotros sí somos reales! ¡Todos nosotros! Y no nos vamos a desvanecer como el humo.

—No sólo no vamos a desaparecer —añadió Elvis que avanzaba hacia mi hermano—, sino que vamos a acercarnos mucho.

—Ahora estoy penetrando en tu mente —me susurró Lucy—. Voy a escapar del campamento Spirit Moon dentro de tu cuerpo y de tu mente.

—¡Nooo! ¡No, por favor! —protesté.

Intenté retroceder. Pero el resto de los campistas fantasmas me tenía cercado.

—¡No puedes hacerlo! ¡No voy a permitirlo! —le grité a Lucy, paralizado por el miedo.

—¡Vete! —gritó Alex a Elvis.

La luna se escondió tras las nubes y dejó el bosque a oscuras. Ahora, todo lo que tenía a mi alrededor, aquellos ojos fantasmales, parecían brillar aún más.

Vi que Elvis cogía a mi hermano.

Lucy me tapó la visión al ponerse frente a mí. Entonces se elevó en el aire, por encima de mí.

—¡No! ¡Apártate! ¡Apártate! —grité.

Sentí un hormigueo en el cabello.

Una sensación de frío invadía mi cuerpo, se introducía profundamente en mí.

El helado fantasma de Lucy se deslizó hacia el interior de mi mente.

Se introducía en mi cuerpo, en lo más profundo, me poseía.

Y entonces supe que no podría escapar.

27

—Aparta Lucy. ¡Yo voy primero! —oí que gritaba una voz.

—¡Ni hablar! —gritó otro chico—. Apartaos. ¡Tío Marv dijo que yo iba antes!

Sentí que la sensación de frío abandonaba mi cuerpo.

Temblando abrí los ojos, y vi a Lucy de nuevo en el suelo.

Unos chicos tiraban de ella.

—¡Soltadme! —les gritó Lucy desasiéndose de ellos—. ¡Yo le vi antes!

—¡Quien lo encuentra se lo queda! —gritó otra chica fantasma.

«Se pelean por mí —pensé—. Han conseguido apartar a Lucy, pero ahora se pelean para ver quién va a poseer mi mente».

—¡Eh, déjame! —oí la voz fantasmal de una chica que se peleaba con otra.

Los fantasmas se estaban peleando entre ellos, se empujaban y arañaban unos a otros. Observé que los monitores se unían a la pelea.

—¡Basta! ¡Basta! —gritó tío Marv.

El hombre intentó detener el combate, pero no le hicieron caso y continuaron peleándose.

Mientras yo les miraba atónito y horrorizado, empezaron a girar a mi alrededor muy, muy rápido.

Cada vez más deprisa. Formaron un círculo fantasmal de campistas que luchaban, se peleaban y gritaban a mi alrededor. Chicos, chicas, monitores y tío Marv daban vueltas, luchaban y se arañaban a gran velocidad.

Se perseguían alrededor de mi hermano y de mí.

Finalmente, se convirtieron en un remolino de luz blanca.

Luego, la luz se desvaneció y se convirtió en un humo gris.

Ráfagas de humo flotaban entre los árboles y desaparecían entre las ramas temblorosas.

Alex y yo seguimos mirando hasta que el último vestigio de humo hubo desaparecido en el aire.

—Se han ido —dije—. Se han destruido unos a otros. Han desaparecido todos.

Sacudí la cabeza y aspiré profundamente el aire fresco.

El corazón todavía me latía aceleradamente. Me temblaba todo el cuerpo.

Pero estaba bien. Alex y yo estábamos bien.

—¿Se han ido de verdad? —preguntó Alex con un hilo de voz.

—Sí. Vámonos —dije cogiéndole del brazo—. Vamos. Corre. Alejémonos de aquí.

Me siguió ansioso.

—¿Adónde vamos?

—A la carretera —contesté—. Cruzaremos el campamento, iremos a la carretera y pararemos al primer coche que pase. Buscaremos un teléfono y llamaremos a papá y a mamá.

Le di una palmadita en la espalda a mi hermano.

—¡Estaremos bien, Alex! —grité contento—. ¡Estaremos en casa antes de lo que imaginas!

Caminamos deprisa por el bosque, abriéndonos paso entre matorrales y maleza, abriendo nuestro propio camino.

De camino a la carretera, Alex empezó a tararear una canción en voz baja.

—¡Uau! —grité—. Alex, ¿qué te pasa?

—¿Qué? —Me miró sorprendido.

Me detuve y no permití que avanzara más.

—Vuelve a cantar eso —le rogué.

Cantó un poco más.

¡Horrible! ¡Cantaba fatal! Desafinaba mucho y tenía una voz muy aguda.

Miré a mi hermano a los ojos.

—Elvis, ¿eres tú el que estás ahí? —grité.

De la boca de Alex salió la voz de Elvis.

—Harry, por favor, no se lo cuentes a nadie —rogó—. ¡Te juro que no volveré a cantar jamás si me prometes que no se lo contarás a nadie!

Fin